

BOLSIBROS  
BRUGUERA

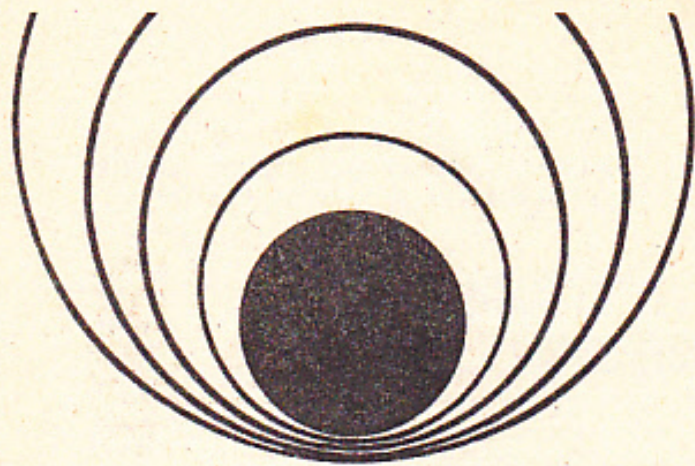
PUNTO  
**ROJO**

# QUE ME ENTIERREN EN LAS VEGAS

Joseph Berna



[www.todocoleccion.net](http://www.todocoleccion.net)



**PUNTO ROJO**

---



# **JOSEPH BERNA**

## **QUE ME ENTIERREN EN LAS VEGAS**

Colección PUNTO ROJO n.º 1.045

Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO**  
ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 10.651-1982

**Impreso en España - Printed in Spain**

**1.a edición: mayo. 1982**

**1.a edición en América: noviembre, 1982**

**© Joseph Berna -1982**

**texto**

**©García 1982 cubierta**

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.  
A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.  
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona 1982**

## CAPITULO PRIMERO

Las Vegas, Nevada.

Muchos casinos.

Mucho dinero.

Muchos sinvergüenzas...

Uno de ellos estaba a punto de actuar.

Se llamaba Dave Markham, contaba treinta años de edad, y tenía el pelo oscuro. Era alto, fuerte, atlético. Tenía las facciones viriles y vestía un traje claro.

Dave se encontraba en Aladino, uno de los casinos más importantes de Las Vegas. Se había situado cerca de las máquinas tragaperras.

Una de estas máquinas estaba siendo manejada desde hacía bastantes minutos por una preciosa muchacha de cabellos dorados como el oro. La chica, que rozaba el metro setenta de estatura, poseía un cuerpo maravillosamente esbelto. Aparentaba unos veintitrés años de edad.

Lo primero que llamó la atención de Dave, fueron las esculturales piernas de la joven, totalmente exhibidas, pues la chica vestía unos descarados *shorts* plateados, muy brillantes, que incluso permitían contemplar algunos centímetros de lo que empieza justo donde terminan las piernas.

Dave, después de recorrer con los ojos las larguísimas y torneadas extremidades inferiores de la muchacha, morenas de sol, y de mordisquear, igualmente con la mirada, el nacimiento de sus firmes y redondeadas nalgas, paseó su vista por las espléndidas caderas de la chica, por su delgada y flexible cintura también desnuda y adornada con una fina cadenilla dorada, pues la joven lucía una liviana blusa amarilla, anudada justo debajo de los senos.

Para poder examinar por delante a la hermosa rubia, Dave Markham se colocó frente a la máquina tragaperras que la chica tenía a su derecha.

Ella ni siquiera le miró.

Siguió jugando con su máquina, ignorándolo por completo.

Dave, para despistar, hizo funcionar también su máquina tragaperras, pero sin apartar los ojos de la belleza de cabellos rubios. Pudo comprobar que tenía los ojos azules, grandes y luminosos, los pómulos altos y marcados, la nariz pequeña, y una boca que era toda una incitación al beso.

Pero, si la boca de la chica era una incitación al beso, su busto, pleno y descaradamente erguido, era una incitación a oír cosas, mucho más atrevidas.

Gran parte de culpa la tenía la blusa, pues era tan fina que permitía vislumbrar lo que había debajo. Y eso, el vislumbrar los erectos pezones, así como sus amplias aureolas, excitó a Dave, quien estuvo a punto de soltar la palanca de la máquina tragaperras y aferrar lo que sus ojos estaban devorando literalmente.

Pero supo reprimirse.

Dave rio había ido a Aladino a eso.

De pronto, ocurrió lo que de vez en cuando solía ocurrir con las máquinas tragaperras, cuando funcionaban ininterrumpidamente. La beldad de cabellos dorados acertó la combinación numérica y la máquina, tras emitir unos ruidos significativos, comenzó a escupir monedas.

La chica dio un salto de alegría y se puso a gritar y aplaudir.

—¡Viva, viva, viva!

La máquina tragaperras seguía vomitando monedas.

Dave Markham se dijo que era el momento de entrar en acción.

—Con tu permiso, rubia —sonrió a la muchacha, y empezó a recoger las monedas.

La joven se fijó en Dave por primera vez.

—Gracias, es usted muy amable.

—¿Por qué dices que soy amable?

—Bueno, me está ayudando a recoger las monedas.

—Te equivocas, rubia. Recojo las monedas porque son mías.

La muchacha respingó.

—¿Cómo dice?

—Que las monedas son mías, eso es lo que he dicho —repitió Dave, y empezó a guardárselas en los bolsillos de la chaqueta, tranquilamente.

Su desfachatez enfureció a la chica.

—¡Estas monedas son mías! —gritó—. ¡Las he ganado yo!

—Estás confundida, preciosa. En esta máquina estaba jugando yo, tú jugabas en esa otra —Dave señaló la máquina que había estado manejando él.

—¡Y un cuerno! —rugió la muchacha.

—Aficionada a los toros, ¿eh?

—¡Aficionada a las narices!

—¿Qué te parece la mía? ¿No es una napia perfecta?

—¡Su nariz es una birria! ¡Parece la torre de Pisa, de tan torcida que está!

—Bueno, tanto como la torre de Pisa... Admito que tengo el tabique nasal ligeramente desviado, a causa de un castañazo, pero eso me da cierta personalidad. ¿No estás de acuerdo, rubia?

La chica descolgó el bolso que pendía de su hombro y se dispuso

a utilizarlo como arma.

—¡O me devuelve hasta la última moneda ahora mismo, o le atizo con el bolso hasta que su tabique nasal esté tan desviado que pueda usted olfatearse la oreja!

—Ya será menos, muñeca.

—¡Usted lo ha querido! —rugió la joven, y la emprendió a bolsazos con el cínico de Dave.

Este se protegió el rostro con los brazos, impidiendo que el bolso de la chica percutiera en su cara.

El incidente, como era de esperar, fue captado por los empleados del casino que tenían la misión de mantener la paz y el orden en el establecimiento, quienes se apresuraron a intervenir.

Eran cuatro, exactamente.

Cuatro individuos altos y fornidos, de músculos desarrollados.

Dos de ellos sujetaron a la muchacha rubia, uno de cada brazo.

—¡Basta, chica! —dijo el tipo que le aferraba el brazo derecho.

La joven los miró a los cuatro.

—¿Son ustedes empleados del casino?

—Sí.

—Entonces, obliguen a este sinvergüenza a que me devuelva el dinero que me ha robado.

—Yo no le he robado nada —negó Dave Markham.

—¡Miente! ¡Ha llenado los bolsillos de su chaqueta con las monedas que yo había ganado en mi máquina! —acusó la muchacha.

—Esta chica está loca —rezongó Dave—. Su máquina no escupió una sola moneda, fue mi máquina la que dio con la combinación de los números.

—¡Falso! ¡Lo está contando al revés! ¡Pretende robarme descaradamente! ¡Es un sucio ladrón!

Dave Markham sonrió burlonamente.

—Deja ya de hacer teatro, rubia. No conseguirás engañar a estos hombres, son demasiado listos. Seguro que ya se han dado cuenta de que eres una vivales.

—¡El vivales lo es usted, maldito!

Dave no quiso replicar.

También la muchacha se calló, momentáneamente.

Los cuatro empleados del casino escrutaban fijamente a Dave y a la chica, como tratando de adivinar quién tenía razón y quién mentía, pero la cosa no parecía fácil.

El tipo que apesaba el brazo derecho de la joven miró a ésta y preguntó:

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Cynthia Lester.

—¿Y tú? —se encaró con Dave.

—Markham; Dave Markham.

—La habéis armado entre los dos —masculló el individuo.

—La rubia la armó, no yo.

—¡El, él fue quien la armó! —gritó Cynthia Lester—, ¡Cínico, más que cínico!

—¿Por qué no te compras un desierto y lo barres?

—¡Una pistola, eso es lo que me voy a comprar! ¡Y voy a gastar todas las balas contigo!

Dave volvió a sonreír de forma burlona.

—¿No les he dicho que está loca, amigos?

—¡La loca lo será tu madre!

Dave alzó la mano de forma amenazante.

—Con mi madre no te metas o te suelto un revés, rubia.

—¡Eso, encima pégame, cobarde! ¡Pega a una mujer que está siendo sujeta por dos hombres!

—Sujetadlo a él también —indicó el tipo que hablaba con Dave y Cynthia.

Los otros dos hombres agarraron a Dave Markham.

Este no protestó.

El empleado que diera la orden de sujetar a Dave, dijo:

—Bien, vamos a solucionar el problema. Como no sé cuál de los dos dice la verdad, os repartiréis el dinero como buenos amigos. ¿Estás de acuerdo, Dave?

—No demasiado, pero acepto tu decisión. Estoy harto de discutir con esta histérica.

Cynthia Lester fue a replicar acaloradamente, pero el empleado del casino le tapó la boca con la mano, impidiéndole hablar.

—Tú también estás de acuerdo, ¿verdad, Cynthia? —le preguntó, y luego retiró la mano, para que la muchacha pudiera contestar.

—¡No, no estoy de acuerdo! —fue la respuesta de la joven—, ¡Yo gané ese dinero, y no tengo por qué repartirlo con nadie! ¡Es mío, me pertenece! ¡Si el tipo no me devuelve hasta la última moneda, iré a la policía y le denunciaré!

El empleado del casino sonrió fríamente.

—No será necesario que recurras a la policía, preciosa. Si el tipo se conforma con la mitad del dinero, y tú no, es porque él miente y tú dices la verdad. Le obligaremos a que te devuelva todo lo que te robó, y después le daremos un escarmiento, para que no vuelva a robar a nadie.

## CAPITULO II

—¡Estás equivocado, amigo! —protestó Dave Markham—. Si acepté tu decisión de repartir el dinero con esta chiflada, es porque no me gustan los líos y preferí ceder a seguir discutiendo con esta loca.

—¡Yo no estoy loca! ¡Y tampoco soy una chiflada! —gritó Cynthia Lester.

El empleado del casino que dijera lo del escarmiento hizo una muda indicación al tipo que sujetaba el brazo izquierdo de la muchacha.

El individuo soltó a Cynthia y hundió su puño en el estómago de Dave Markham, quien se dobló, emitiendo un rugido de dolor. Y quizá se hubiera desplomado, de no hallarse sujeto por los otros dos empleados del casino.

—Buen golpe, Andrew —sonrió el tipo que le hiciera la indicación al empleado que acababa de golpear a Dave.

—¿Le atizo de nuevo, Jackson? —preguntó Andrew, masajeándose el puño.

—Espera a que le devuelva el dinero a la chica.

Andrew agarró del pelo a Dave.

—Ya lo has oído, amigo. Devuélvele a la chica todo lo que le robaste.

—En cuanto me suelten los brazos —respondió Dave.

—Soltadlo —indicó Jackson.

Colin y Gordon, que así se llamaban los otros dos empleados, dejaron libre a Dave Markham, cuyo pelo también soltó Andrew.

Dave, que parecía seguir acusando los efectos del terrible puñetazo que recibiera en el estómago, se llevó las manos a los bolsillos de la chaqueta, como si fuera a sacar las monedas que escupiera la máquina tragaperras.

Jackson sonrió de nuevo e indicó:

—Prepara el bolso, Cynthia.

La muchacha, que había contraído el rostro al ver que Andrew golpeaba con tanta dureza a Dave, se apresuró a abrir su bolso.

Pero, por el momento, Dave Markham no sacó ninguna moneda.

No estaba tan debilitado como parecía por el puñetazo recibido en la región estomacal, y lo demostró colocándole un preciso rodillazo a Andrew entre los muslos.

El empleado lanzó un aullido y se derrumbó, agarrándose lo que tanto le dolía.

Antes de que Andrew tocara el suelo, Dave le clavó el codo a

Gordon en todo el hígado y luego le propinó un cabezazo a Colin en el rostro.

Gordon se arrugó como una tela mala, con las manos en la zona del arponeado hígado, mientras que Colin se llevaba las suyas a la cara, que ya chorreaba sangre.

—¡Estúpidos! —rugió Jackson, y atacó a Dave.

Este burló hábilmente el puño del empleado y acto seguido le incrustó el suyo en el mentón.

La potencia de pegada de Dave Markham era extraordinaria, según se vio en seguida, pues Jackson salió despedido como si acabara de cocearle un rinoceronte furioso y se estrelló estrepitosamente contra la máquina tragaperras que minutos antes manejara Dave sin ningún resultado positivo.

Jackson se agarró de la palanca, en un intento de evitar la caída, pero la palanca, cumpliendo su función, se dobló hacia adelante y el empleado dio con sus huesos en el suelo.

Entonces, ocurrió algo sorprendente.

La máquina tragaperras, debido sin duda a la violencia del choque, se puso a escupir monedas en cantidad, y Jackson, que tenía la boca abierta, estuvo a punto de tragarse unas cuantas.

—¡Es fantástico! —exclamó Cynthia Lester, asombrada—. ¡Ha acertado la combinación numérica sin haber echado ninguna moneda!

Dave Markham también estaba asombrado, pero no pudo prestarle demasiada atención a la máquina tragaperras, porque Andrew ya se estaba incorporando, y también Gordon y Colin parecían recuperados de los golpes recibidos.

Los tres se lanzaron a un tiempo sobre él, dispuestos a hacerlo pedazos.

Dave le soltó un trallazo a Gordon y lo mandó al suelo, pero no pudo evitar que Colin le estrellara el puño en la cara. Estuvo a punto de caer, pero consiguió mantener el equilibrio y le devolvió el puñetazo a Colin, quien sí se vino abajo de forma espectacular.

Andrew golpeó a Dave en un pómulo y le arrancó un trozo de piel.

La respuesta de Dave no se hizo esperar.

Fue un duro puñetazo al hígado, con el que logró que Andrew se olvidara de lo mucho que le dolían los genitales, porque el hígado aún le dolía más.

El empleado se había vencido hacia adelante, con la boca abierta, los ojos desorbitados, la cara verde como una lechuga.

Dave le conectó un zurdazo y lo tiró al suelo.

Jackson ya se estaba poniendo en pie, escupiendo monedas.

Cynthia Lester se dijo que no debía desperdiciar la ocasión, y

como tenía el bolso abierto, lo puso en la trayectoria de las monedas y consiguió cazar al vuelo algunas de ellas.

Gordon también se estaba incorporando, aunque él no escupía monedas, sino dientes manchados de sangre.

Dave Markham se dispuso a hacer frente a Jackson.

No había visto a Gordon, porque éste se hallaba a sus espaldas.

Gordon cayó sobre él y lo sujetó fuertemente.

—¡Atízale, Jackson!

—¡No lo sueltes, Gordon! —ladró Jackson, y proyectó el puño.

Dave proyectó la pierna.

Ambas cosas, puño y pierna, alcanzaron su objetivo, pero el puño de Jackson hizo menos daño en la cara de Dave que la punta del zapato de éste en el bajo vientre del empleado.

Buena prueba de ello, fue que Jackson se desmoronó, dando aullidos.

Dave intentó librarse de Gordon, pero Andrew y Colin entraron nuevamente en acción. Andrew le agarró las piernas, para que no pudiera dar más patadas, y Colin le asestó un puñetazo en el costado, al que siguieron otros dos, en el rostro.

Las cosas se habían puesto muy mal para Dave Markham.

Y aún se pusieron peor cuando Jackson se recuperó del punterazo en el bajo vientre, pues Gordon y Andrew impedían que Dave pudiera defenderse, y Colin y Jackson podían golpearle a placer.

Cynthia Lester sintió deseos de emprenderla a bolsazos con los empleados del casino, pues le parecía una cobardía lo que estaban haciendo con Dave Markham.

Sin embargo, no movió un dedo por él.

Dave Markham era un sinvergüenza, un desaprensivo, un ladrón.

Se merecía lo que le estaba ocurriendo, aunque a ella le doliese.

Había que quitarle las ganas de robar a nadie más.

Claro que, una cosa era quitarle las ganas de volver a robar, y otra muy distinta matarlo a golpes. Y esto podía suceder, si ella no hacía algo.

Cynthia Lester no pudo mantenerse por más tiempo indiferente y salió decididamente en defensa de Dave Markham.

—¡Basta, no le golpeen más! ¡Lo van a matar! —dijo, colocándose arriesgadamente entre Dave y los dos empleados del casino que con tantas ganas le estaban sacudiendo.

Jackson y Colin frenaron sus puños, para no golpear involuntariamente a la muchacha.

—¿Todavía lo defiendes? —gruñó el primero.

—¿Has olvidado ya que te robó tu dinero? —rezongó Colin.

—No, no lo he olvidado —respondió Cynthia—. Pero no quiero que lo maten a puñetazos, sería un castigo excesivo. Creo que el

tipo ya ha recibido suficiente escarmiento. En cuanto lo suelten, se desplomará como un fardo.

—Es cierto, Jackson —dijo Gordon—. El tipo ha perdido el sentido.

—Sí, está sin conocimiento —añadió Andrew.

—Está bien, soltadlo —masculló Jackson.

Gordon y Andrew dejaron de sujetar a Dave Markham, y éste, efectivamente, se derrumbó como una cosa muerta.

—Vaciadle los bolsillos de la chaqueta —indicó Jackson.

Gordon y Andrew lo hicieron, recuperando hasta la última moneda que Dave le robara a Cynthia. Las depositaron todas en el bolso de la muchacha. Después, Jackson dijo:

—Puedes marcharte, rubia. Ya tienes tu dinero.

Cynthia miró al inconsciente Dave.

—¿Qué van a hacer con él?

—Lo echaremos al callejón de detrás, como si se tratara de una basura más —respondió Jackson.

—¿Me da su palabra de que no le propinarán más golpes?

—Sí, te la doy. Nosotros tampoco queremos matarlo.

Cynthia Lester echó una última mirada a Dave Markham y abandonó el casino, visiblemente preocupada.

\* \* \*

Algunos minutos después, Dave Markham era arrojado sin miramientos al callejón que el importante casino tenía a sus espaldas, en donde se amontonaban las cajas y cubos de basura. Un gato maulló y se alejó corriendo, asustado.

Dave Markham quedó tendido en el suelo, boca arriba, la cabeza ladeada, los ojos cerrados. Seguía sin conocimiento.

Los empleados del casino cerraron la puerta que daba al oscuro y maloliente callejón, dejando solo a Dave Markham.

Eso, al menos, creían ellos, que lo dejaban solo.

Pero no era así.

Había alguien más, oculto en el callejón.

Era Cynthia Lester.

La muchacha había querido asegurarse de que, efectivamente, los empleados del casino echaban a Dave Markham al callejón sin propinarle más golpes.

Cynthia salió de su escondite y observó a Dave.

Dudó entre prestarle ayuda o marcharse.

Ella deseaba ayudarle, pero temía su reacción, cuando se

despertase.

Tal vez intentara golpearla y arrebatarle el dinero.

De un tipo como Dave Markham, podía esperarse cualquier cosa.

A pesar de ello, Cynthia Lester decidió finalmente prestarle auxilio.

### CAPITULO III

Dave Markham volvía en sí algunos minutos más tarde.

Aun antes de abrir los ojos, supo que alguien se estaba ocupando de él. Despegó las párpados, y vio que era Cynthia Lester la que le estaba curando las heridas y las contusiones que tenía en el rostro.

La muchacha interrumpió la cura al ver que Dave recobraba el conocimiento. Instintivamente, se echó para atrás, el temor reflejado en sus hermosos ojos.

Dave la miró fijamente, sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—¿Qué diablos haces, rubia?

—Sólo quiero ayudarte.

—¿Dónde estoy?

—Tirado como un perro en un callejón. El que hay detrás de Aladino. Los empleados del casino te arrojaron aquí.

—¿Cuántos huesos me rompieron?

—Espero que ninguno.

—Pues me duelen todos.

—Te dieron una buena paliza, es cierto. Aunque tú tampoco te quedaste manco, a la hora de sacudir. Y eso que tenías que vértelas con cuatro hombres a la vez.

—¿De dónde sacaste ese botiquín?

—Lo llevo siempre en el coche.

—Tienes coche, ¿eh?

—Sí. ¿Y tú...?

—No, yo no. Ni coche, ni nada. No tengo donde caerme muerto, como suele decirse —rezongó Dave.

—Por eso intentaste robarme, ¿no?

—Sí, necesito dinero. Aunque sólo sea un poco. Mi situación es realmente desesperada.

—¿No conoces a nadie que pueda hacerte un préstamo?

—No.

—Entonces, te lo haré yo.

Dave Markham no supo disimular su sorpresa.

—¿Te importaría repetir eso, rubia?

—He dicho que yo te haré un préstamo. La mitad de lo que gané en la máquina tragaperras. ¿Te arreglarás con eso?

—Ya lo creo.

—Cuenta con ello, pues.

—No lo entiendo, rubia.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que quieras ayudarme, después de lo que te hice.

—Bueno, es que me siento un poco responsable del estado en que te encuentras.

—Tú no tienes la culpa. Es toda mía, por intentar robarte.

—Lo sé, pero si yo hubiera aceptado la decisión de ese tipo llamado Jackson...

—No podías aceptarla, el dinero era tuyo. Yo, en tu lugar, también la habría rechazado.

—La cosa ya no tiene remedio. Yo recuperaré todo mi dinero, pero tú tienes el cuerpo molido a golpes. Si hubiera sabido que los empleados del casino iban a ser tan duros contigo, habría aceptado la decisión de Jackson sin dudar.

Dave Markham esbozó una sonrisa.

—Eres una chica estupenda, Cynthia.

—Gracias.

—Lo eres... y lo estás.

—Gracias otra vez.

—Vistes de una forma...

—¿Te parece demasiado descarada?

—Provocativa, diría yo.

—En Las Vegas hay muchas chicas que visten como yo. Y más atrevidamente, todavía.

—Eso es cierto. Pero no están tan apetecibles como tú.

Cynthia Lester sonrió, halagada.

—En Las Vegas hay infinidad de mujeres más guapas y deseables que yo, pero agradezco tu galantería.

—No estoy de acuerdo. Más hermosas que tú, ninguna. Te lo digo yo, que entiendo un rato de mujeres.

—Bueno, basta de piropos, que este callejón no es el lugar más apropiado para lanzarlos. Huele muy mal, ¿no lo has notado?

—Sí, claro que lo he notado. Está lleno de basura, la basura atrae a los gatos, y los gatos hacen de las suyas... Por eso huele a demonios.

—Salgamos de aquí, Dave. En el coche acabaré de atender tus golpes.

—No sé si podré caminar, preciosa. Ni siquiera si podré levantarme.

—Yo te ayudaré.

—Peso ochenta y cinco kilos, ¿sabes?

—No importa, soy una chica fuerte. Vamos, agárrate de mí.

—¿Puedo agarrarme de donde quiera?

—Sólo de mi cuello y de mis hombros. Lo demás es zona prohibida.

—Qué lástima.

—No sé cómo puedes pensar en esas cosas, hallándote hecho una

piltrafa.

—Tienes razón, no estoy en condiciones de seducirte —admitió Dave, y pasó su brazo derecho por el cuello de la muchacha.

—Vamos, arriba —le animó Cynthia, tirando de él.

Dave Markham consiguió ponerse en pie, pero lo hizo entre gemidos de dolor y caras feas.

—Qué mal me encuentro, Cynthia.

—Intenta caminar.

—Imposible, las piernas se me doblan. Si doy un solo paso, me derrumbaré.

—Yo te sostendré, no temas.

—Dije que peso ochenta y cinco kilos, no treinta y cinco.

—Lo entendí perfectamente.

—¿De verdad te consideras capaz de sostener a un hombre de mi talla y de mi peso?

—Si tú pones algo de tu parte, sí.

—Me temo que no voy a poder poner mucho.

—Inténtalo, Dave. Tenemos que llegar hasta mi coche.

—Lo que yo necesito es una ambulancia.

—Vamos, deja de hacerte el mártir y mueve las piernas.

—Piensas que estoy exagerando, ¿verdad?

—No, sé que te sientes muy mal. Pero yo no puedo cogerte en brazos, Dave. Soy una chica fuerte, pero no tanto. Por eso te pido que hagas un esfuerzo y camines, aunque sea como un borracho.

—Está bien, haré lo que pueda —rezongó Dave, y movió las piernas.

De no hallarse bien cogido a Cynthia, se hubiera caído, pero la muchacha le ayudó a mantenerse en pie.

—Animo, Dave. Ya falta menos.

—Si sólo he dado un paso... —repuso él.

—Pero ha valido lo menos por tres.

—No te burles o...

Cynthia Lester no pudo reprimir una risita.

—No me burlo, Dave. Sólo trato de levantarte la moral.

—Siendo así, no puedo enfadarme.

—Venga, da otro paso de gigante.

—¡Ji ji, ji?

—¿Sabes que tienes risa de abuelo?

—Me río así porque me duelen las mandíbulas.

—Ya me extrañaba a mí —Cynthia se echó a reír.

—No sueltes más frases jocosas, por favor. No quiero emitir una risa tan ridícula.

—Está bien, no haré más chistes.

Agarrando a Cynthia Lester, Dave Markham dio unos cuantos

pasos más sin caerse.

De pronto, la puerta del casino que daba al sucio callejón se abrió y los cuatro empleados que pelearan con Dave salieron a él.

Cynthia emitió un gemido de angustia.

—Dios mío, no... —musitó, adivinando que los tipos venían por Dave.

## CAPITULO IV

Los empleados del casino denotaron sorpresa al ver a Cynthia Lester en el callejón.

—¿Qué demonios haces tú aquí, rubia? —exclamó Jackson.

—Este hombre necesita ayuda —respondió Cynthia.

—Y tú se la estás prestando, ¿eh?

—Sí.

—¿Ayudas siempre a los tipos que intentan robarte?

—No, es la primera vez que alguien intenta robarme.

—A ti no hay quien te entienda, guapa. Primero la emprendes a bolsazos con este tipo y armas el gran follón en el casino, y luego te da por ayudarlo.

—Porque le propinaron ustedes la gran paliza.

—Se lo merecía.

—No digo que no, pero...

—Lárgate, rubia —ordenó Jackson—, Nosotros nos ocuparemos del tipo.

—Me dio usted palabra de que no le propinarían más golpes —recordó Cynthia.

—No vamos a pegarle de nuevo, tranquilízate. Nos limitaremos a llevarlo a presencia de Bud Jacobs. Es el encargado del casino, y quiere hablar con él.

—No creo que sea necesario. Si ha habido algún desperfecto, yo lo pagaré.

—Muy generoso por tu parte, rubia. Pero no se trata de eso. Jacobs quiere ver al tipo por otro motivo.

—¿Cuál?

—No creo que te interese.

—Se equivoca, me interesa muchísimo.

—No seas entrometida, rubia, y lárgate de una vez. Estamos perdiendo mucho tiempo por tu culpa, y la paciencia no es una de las virtudes de Bud Jacobs, precisamente. Haceos cargo del tipo, muchachos —indicó Jackson.

Colin y Gordon cogieron a Dave Markham, mientras que Andrew se preparaba para atizarle un puñetazo en el estómago, caso de que Dave ofreciera algún tipo de resistencia.

Pero Dave Markham no estaba en condiciones de oponerse a nada, y permitió sumisamente que los empleados del casino se hicieran cargo de él.

Quien no se mostró tan sumisa, fue Cynthia Lester, pues enarboló su bolso y gritó:

—¡No permitiré que se lo lleven!

Antes de que le arreara un bolsazo a Andrew, Jackson le propinó un empujón a la muchacha y la tiró al suelo.

—¡Te ordené que te largaras, rubia!

—¡Quieren golpear de nuevo a Dave, lo sé!

—¡No seas estúpida! ¡Si quisiéramos golpearle, lo haríamos aquí, en el callejón!

—¡A eso vinieron, pero no contaban con que yo también me encontraba en el callejón, prestando auxilio a Dave! ¡Por eso quieren que me largue!

—¡Estás equivocada, rubia! ¡Hemos venido por el tipo porque el encargado del casino quiere hablar con él, ya te lo dije antes!

—¡Eso es un cuento chino!

Jackson compuso un gesto amenazante.

—¿Sabes que te estás ganando un puntapié en tus lindas posaderas, rubia?

—Deja que se lo dé yo, Jackson —pidió Andrew, y preparó la pierna derecha.

Dave Markham intervino:

—Dejad en paz a la muchacha.

—¡Pues que se largue de una condenada vez! —rugió Jackson—, Bud Jacobs nos está esperando, y ya he dicho que tiene muy poca paciencia.

Dave miró a la joven.

—Márchate, Cynthia.

—Pero...

—Hazlo, por favor.

—Está bien, me iré. Pero no estaré lejos, y si veo que tardas más de lo debido en salir del casino, acudiré a la policía. ¿Lo han oído ustedes, amigos?

Jackson hizo ademán de darle una bofetada, pero Cynthia Lester echó a correr hacia la salida del callejón.

—¿Quieres que vaya por ella, Jackson? —sugirió Andrew.

—No vale la pena. Vamos, no hagamos esperar más a Jacobs —masculló Jackson, y entró en el casino.

Colin y Gordon obligaron a Dave Markham a entrar también en el casino. Tras ellos, penetró Andrew, que fue quien cerró la puerta que daba al oscuro callejón.

\* \* \*

Bud Jacobs, el encargado de Aladino, era un tiarrón que rozaba los dos metros de estatura. Tenía treinta y cinco años, el pelo negro y rizado, el mentón cuadrado. Vestía un elegante *smoking*. Paseaba por su despacho, con un cigarro entre los dientes. Un cigarro que valía por tres, tanto por lo largo como por lo grueso.

Su calidad, además, era inmejorable.

De pronto, llamaron a la puerta.

Jacobs se quitó el purazo de la boca y acudió a abrir.

—¿Por qué habéis tardado tanto, Jackson? —preguntó.

Jackson se lo explicó en pocas palabras.

—Está bien, pasad —indicó Jacobs.

Los cuatro empleados entraron en el despacho del encargado, llevando prácticamente a rastras a Dave Markham.

Bud Jacobs cerró la puerta y dijo:

—Sentadlo en un sillón.

Colin y Gordon dejaron a Dave en uno de los sillones que Jacobs tenía frente a su magnífica mesa de despacho.

Bud Jacobs le dio una larga chupada al colosal habano, mientras escrutaba detenidamente a Dave Markham.

—Conque tú eres el ladrón, ¿eh?

—No soy un ladrón —rezongó Dave.

—¿Desde cuándo te dedicas a robar?

—Le repito que no soy un ladrón.

—Intentabas robar a esa chica, Cynthia Lester.

—Lo hice obligado por las circunstancias. Estoy sin blanca, y necesito dinero. Tango algunas deudas de juego. Si no las liquido pronto, lo voy a pasar muy mal.

—¿Pretendes hacerme creer que es la primera vez que...?

—Es la verdad, yo jamás he robado a nadie. Y, si lo intenté hoy, es porque no veía otra manera de conseguir dinero.

—¿Estás sin trabajo, Dave?

—Así es.

—¿Qué sabes hacer, además de pelear?

—Muchas cosas.

—Yo podría emplearte, Dave.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí, en el casino.

—Me está tomando el pelo, señor Jacobs.

—No, Dave, hablo en serio. Presencí tu pelea con los muchachos a través de ese monitor, y me entusiasmó tu estilo. Eran cuatro hombres contra ti, y no conseguían reducirte.

—Finalmente lo lograron —rezongó Markham.

—Sí, pero para entonces tú ya habías hecho toda una demostración de cómo debe defenderse un hombre. Te repito que me entusiasmó tu forma de pelear. Esa es la razón de que quiera emplearte en el casino. Las peleas son bastante frecuentes, y sería importante contar con un hombre corno tú.

—¿Sólo me necesita para eso, para dar puñetazos?

—Por el momento, sí. Más adelante, ya veremos. No sé si sabrás que Aladino es propiedad de Malcolm Farlow.

—Por supuesto que lo sé. Aladino, y otros varios casinos. De ahí que muchos le llaman el rey de Las Vegas.

—Cierto —sonrió Bud Jacobs—, Malcolm Farlow es, sin lugar a dudas, el hombre más rico de Las Vegas. Además de los casinos, tiene otros muchos negocios, todos ellos muy productivos.

—Sí, también lo sé.

—¿Quieres trabajar en Aladino, Dave?

—¿Cuánto ganaré?

—En principio, doscientos dólares a la semana.

—Me interesa la oferta.

—¡Magnífico! —exclamó Bud Jacobs, visiblemente contento. Dave Markham observó a Jacobs, Andrew, Colin y Gordon. Ellos no estaban tan contentos. Miraban con rencor a Dave, y las razones eran obvias. Dave estuvo a punto de sacarles la lengua burlonamente, pero no quiso hacerlo delante del encargado del casino. Bud Jacobs ya estaba escanciando whisky en una copa, que segundos después ofrecía a Dave Markham.

—Echa un trago, Dave. Te sentará bien.

—Gracias.

Mientras Jacobs tomaba la caja de cigarros puros, Dave ingirió casi la mitad del licor.

—Coge un purito, Dave.

—¿«Purito», dice...? —repuso Markham, contemplando los gigantescos habanos.

Bud Jacobs rió.

—Son grandes, ¿eh?

—Parecen patas de silla, señor Jacobs.

—Pero saben mucho mejor.

—No lo dudo —sonrió Dave, y tomó un cigarro de la caja. El encargado del casino le ofreció fuego, pero Dave movió la cabeza negativamente.

—No voy a fumármelo ahora, señor Jacobs. Me duelen demasiado los dientes. Lo guardaré para cuando esté bien.

—¿Cuándo crees que será eso, Dave?

—Dentro de dos o tres días, supongo.

—Entonces, dentro de cuatro días empezarás a trabajar.

—De acuerdo.

—¿A cuánto ascienden tus deudas de juego, Dave?

—Debo casi quinientos dólares, pero con un par de cientos solucionaría momentáneamente mi problema. Más adelante

liquidarla el resto.

Bud Jacobs dijo que no con la cabeza.

—Quiero que liquides totalmente tus deudas, Dave. Te daré mil dólares a cuenta. Paga con ellos lo que debes, y cómprate ropa de calidad. Los empleados de Aladino deben vestir bien.

—Lo que usted diga, señor Jacobs.

El encargado del casino ya había echado mano cíe su cartera.

La tenía repleta de dinero.

Contó diez billetes de cien dólares, y se los entregó a Dave.

—Gracias, señor Jacobs.

—No hay de qué, muchacho.

—Bien, si no tiene que decirme nada más...

—No, por el momento está dicho todo.

—Entonces, me voy. Cynthia Lester debe de estar esperándome, y si tardo demasiado, es capaz de cumplir su amenaza y acudir a la policía.

—Una muchacha preciosa, esa Cynthia.

—Sí, sí que lo es —asintió Markham, sonriendo.

—Y con mucho carácter.

—Es verdad.

—¿Piensas intimar con ella?

—Bueno, la verdad es que... —tosió Markham.

—Hazlo, Dave.

—¿Es una orden, señor Jacobs?

—No, sólo un buen consejo —respondió el encargado del casino, y se echó a reír.

Dave Markham rió también, pero poco, porque le seguían doliendo las mandíbulas.

Cynthia Lester se encontraba en la entrada del callejón, aguardando la salida de Dave Markham. Como pasaban los minutos y éste no aparecía, la preocupación y el nerviosismo de la muchacha iba en aumento.

Por fin, la puerta del casino que daba al callejón se abrió y Jackson y sus compañeros salieron a él, llevando a Dave Markham, quien caminaba todavía con dificultad, aunque algo mejor que antes.

Cynthia Lester dio un respingo y exclamó:

—¡Dave!

A continuación, echó a correr hacia él.

—Ahí viene la rubia —gruñó Jackson.

—Menos mal que no ha avisado a la policía —masculló Andrew.

—Se está tomando demasiado interés por Dave, ¿no creéis? —rezongó Colin.

—Será que ahora hay que robar a una mujer, para que se enamore de uno —repuso Gordon.

—¿Queréis hacer el favor de callar? —habló Dave—. No quiero que la chica os oiga.

Los empleados del casino no dijeron nada más, porque Cynthia Lester ya estaba frente a ellos.

—¿Te han golpeado de nuevo, Dave? —preguntó la muchacha.

—No, tranquilízate —respondió Markham, sonriéndole—. Era cierto que el encargado del casino quería hablar conmigo. Me ha ofrecido un empleo.

Cynthia Lester se quedó perpleja.

—¿De veras, Dave?

—Sí, empezaré a trabajar en cuanto esté bien. Y ganaré doscientos pavos semanales. No está mal, ¿eh?

—Desde luego que no —murmuró la joven, sin salir de su asombro.

—Te dejamos con la chica, Dave —dijo Jackson, y él y sus compañeros volvieron a entrar en el casino.

Markham pasó su brazo por los hombros de Cynthia Lester.

— Puedo seguir apoyándome en ti, ¿verdad, Cynthia?

—Naturalmente —respondió la muchacha, cogiéndolo a su vez por la cintura.

—Gracias, eres muy amable.

—Salgamos del callejón, Dave.

Minutos después, alcanzaron el coche de Cynthia Lester.

Era un Pontiac plateado, moderno y reluciente.

Dave largó un silbido al contemplarlo.

—Vaya carro, rubia.  
—¿Te gusta?  
—Me encanta.  
—Me alegro.  
—¿Eres rica, Cynthia?  
—No.  
—¿Y cómo pudiste comprar un coche como éste?  
—No lo compré. Me lo regalaron.  
Dave se quedó boquiabierto.  
—¿Que te lo regalaron, dices...?  
—Sí.  
—¿Quién?  
—Alguien que me quiere mucho.  
—Tienes un amante, ¿eh?  
—Yo no he dicho eso.  
—No lo has dicho, pero es fácil de adivinar.  
—¿Te importaría si fuera cierto?  
—¿A mí?... ¿Por qué me habría de importar?  
—Bueno, quizá yo te guste, y el hecho de que tenga un amante...  
—Puedes tener todos los amantes que quieras, te aseguro que no me importa.  
Cynthia Lester sonrió de una forma muy particular.  
—Vamos, deja de gruñir y sube al coche.  
—Me parece que voy a tomar un taxi.  
—No digas tonterías —rió Cynthia, y obligó a Dave a entrar en el Pontiac.  
Después, subió ella y puso el coche en marcha.  
—¿Dónde vives, Dave?  
—Estoy alojado en un hotel de mil estrellas.  
—¿De cuántas estrellas...?  
—Bueno, no las he contado, pero deben de pasar del millar. En las noches despejadas, claro. En las noches nublosas, no se ve ninguna. Y si llueve, me mojo.  
—¿Quieres decir que hay goteras en tu habitación?  
—¿Goteras?... ¡Lo que hay son cataratas! El techo está lleno de agujeros, y algunos son como mi puño. Por ellos veo el millar de estrellas, en las noches claras.  
Cynthia Lester rompió a reír.  
—Me encanta tu sentido del humor, Dave.  
—Llévame en ese nido de ratas en donde me hospedo, por favor —gruñó Markham.  
—Prefiero llevarte a mi apartamento.  
—¿También te lo regaló tu amante?  
—Es de alquiler.

—Y lo paga él.  
—No, lo pago yo.  
—Qué tonta.  
—¿De verdad te lo parezco?  
—Quiero que me lleves a esa maldita pensión.  
—Te atenderé mejor en mi apartamento.  
—No quiero ir a tu apartamento.  
—¿Temes que nos sorprenda mi amante?  
—No lo temo, pero podría ocurrir.  
—No sucederá, puedes estar tranquilo.  
—¿Se encuentra de viaje?  
—¿Quién?  
—El tipo que se acuesta contigo.  
—No, pero esta noche le toca acostarse con su mujer.  
—Ya.

Cynthia Lester iba a decir algo, pero se interrumpió. Sus ojos estaban clavados en el espejo retrovisor del Pontiac.

Dave Markham se dio cuenta de ello y preguntó:

—¿Ocurre algo, Cynthia?  
—Creo que nos sigue un coche, Dave.  
—¿De veras? —respingó Markham, volviendo la cabeza.  
—El Lancia azul.  
—Apuesto a que es tu amante.  
—No, no puede ser él.  
—¿Por qué no? Ha complacido ya a su esposa, y aún se siente con fuerzas para complacerte a ti.  
—Es demasiado viejo para eso.  
—¿Cuántos años tiene?  
—Sesenta y dos.  
—¡No!  
—Sí.  
—¿No te da vergüenza hacer el amor con un hombre que podría ser tu abuelo?  
—Olvídate por un momento de mi amante y dime qué hacemos con el Lancia azul.  
—¿Todavía nos sigue?  
—Como un perro faldero.  
—¿Te crees capaz de despistarlo?  
—Naturalmente.  
—Entonces, hazlo.  
—¡A la orden! —respondió Cynthia, y pisó el acelerador a fondo. El conductor del Lancia también aceleró. Y comenzó la persecución.

## CAPITULO VI

Cynthia Lester realizó un brusco viraje y metió su Pontiac por una calle estrecha.

Dave Markham, que no esperaba una maniobra tan repentina, cayó sobre la muchacha, a la que se agarró como pudo. Casualmente, su mano derecha aferró el seno izquierdo de la joven, cálido y duro.

—No te aproveches, Dave —dijo ella, con una sonrisa.

Markham soltó el túrgido pecho femenino y se separó de la muchacha.

—¿Es que te has vuelto loca, Cynthia? —exclamó.

—¿Por qué lo dices?

—¡Si sigues conduciendo así, nos vamos a matar!

—Tenemos que despistar al Lancia, ¿no?

—Sí, pero...

Dave Markham no pudo acabar la frase, porque Cynthia Lester realizó otro peligroso viraje, esta vez hacia su izquierda, y Dave se estrelló contra la portezuela del Pontiac.

Era lo que le faltaba, después de la paliza que le propinaron los empleados de Aladino.

—¡Maldita sea! —barbotó, el rostro arrugado de dolor.

—¿Decías, Dave...?

—¡Casi me he roto el hombro! —rugió Markham, apretándose lo.

—Ya será menos.

—¡Avisa cuando vayas a doblar bruscamente, condenación!

—Lo que tienes que hacer es sujetarte fuerte. Así no rebotarás de un lado a otro como una pelota.

Dave buscó dónde agarrarse, pero en ese preciso momento el Pontiac se introdujo a toda pastilla por la calle de la derecha y se vio lanzado de nuevo sobre Cynthia.

Volvió a agarrarse a ella como pudo.

Su mano derecha, en esta ocasión, aferró el seno derecho de la joven.

Cynthia lo miró un instante, con ironía.

—¿Es que no sabes cogerte de otro sitio, Dave?

Markham desgranó una maldición, soltó la firme glándula mamaria, y volvió a ocupar una posición normal en el asiento.

—Te has propuesto descoyuntarme, ¿eh, rubia?

—Sólo trato de burlar al Lancia. Y no es fácil. Todavía nos sigue.

Dave volvió la cabeza.

Era cierto.

El Lancia no había abandonado la persecución.

—Agárrate, Dave, que vamos a doblar —advirtió Cynthia.

—¿Hacia la derecha o hacia la izquierda?

Ya no hubo tiempo para responder, el Pontiac se hallaba en pleno viraje. Y, por tercera vez, Dave cayó sobre Cynthia, a cuyo busto volvió a agarrarse.

—A la derecha, Dave —respondió tardíamente la joven, conteniendo la risa.

—A buena hora lo dices —gruñó Markham, sin soltar nada de lo que tenía cogido.

—¿Piensas quedarte con mi pecho izquierdo?

—No veo otro lugar de donde agarrarme de tu persona.

—Mi persona tiene muchas cosas, pero tú siempre te coges de las mismas.

—Es normal, porque son las que más sobresalen.

—Tienes más cara que un armario ropero.

—Yo no tengo la culpa de que la madre naturaleza haya sido tan generosa contigo.

—Si no me sueltas, nos estrellaremos. No puedo conducir con tu mano sobre mi busto.

—¿Te excita?

—Digamos que me pone nerviosa.

—Está bien, me agarraré de tu cintura.

—Eso está mejor.

El Pontiac siguió rodando a toda velocidad por las calles de Las Vegas, entrando temerariamente por unas y saliendo por otras, pero el Lancia lo perseguía tenazmente, corriendo idéntico riesgo.

—Conque te creías capaz de despistar al Lancia, ¿eh? —dijo Dave, en tono burlón.

—Lo conseguiré, no lo dudes —respondió Cynthia—. Sé de una calle que está en obras, y nos va a venir al pelo.

Dave tuvo un ligero estremecimiento.

—Las calles con obras son peligrosas.

—Lograremos cruzarla, no te preocupes. Mi coche tiene alas.

—¿Me estás diciendo que vamos a volar...?

—Sí, unos cuantos metros.

—¡Olvídate de esa calle en obras, Cynthia!

—Ya no podemos volvernos atrás, Dave. Acabamos de entrar en ella —informó la muchacha, justo en el instante en que el parachoques de su Pontiac destrozaba la valla de madera que cerraba la entrada de la calle en obras.

El Lancia se metió también en la calle.

Dave Markham soltó la cintura de Cynthia Lester y se irguió, para ver el peligro con sus propios ojos.

Y lo vio.

Un peligro que ponía los pelos de punta.

—¡No podemos saltar ese foso, Cynthia! ¡Es enorme! —gritó Dave.

—Te dije que mi coche tiene alas —recordó la joven.

—¡Es una locura! ¡Nos estrellaremos!

—Confía en mí, Dave. Soy un Manuel Fangio con tetas.

—¡A ellas me agarro, para irme al otro mundo cogido a algo que valga la pena!

Cynthia Lester no protestó.

No había tiempo para ello tampoco.

El enorme foso estaba ya a sólo unos metros.

El Pontiac tenía que saltarlo... o caería a él.

Cynthia Lester, haciendo gala de una sangre fría envidiable, hizo pasar su coche por encima de unos maderos que formaba una especie de rampa ascendente que terminaba justo donde empezaba el colosal foso.

Ello, lógicamente, hizo saltar espectacularmente al Pontiac.

El vehículo trazó un arco perfecto en el aire y salvó limpiamente el vacío, cayendo al otro lado de la gigantesca fosa.

El Pontiac rebotó cuando sus ruedas tomaron violento contacto con el pavimento, pero Cynthia Lester no perdió el control del automóvil, que siguió rodando velozmente hacia la salida de la calle.

El Lancia quiso imitar la proeza del Pontiac, pero no tomó correctamente los maderos que formaban la rampa y su salto se quedó corto, lo que motivó que se estrellara contra el fondo del foso.

—¡Lo conseguimos, Dave! —exclamó Cynthia Lester, jubilosa.

—¿Y el Lancia...? —preguntó Dave Markham, a punto de caerse del asiento, por culpa de los brincos que había dado el Pontiac.

Cynthia, que había presenciado el fracaso del coche perseguidor por el espejo retrovisor, respondió:

—¡Acaba de tragárselo el foso!

—¡Y a nosotros no se nos tragó de puro milagro!

—¡Soy mucha conductora yo, Dave!

—¡Deberías estar en un manicomio!

Cynthia Lester rió alegremente.

El Pontiac ya había salido de la calle en obras, tras derribar la valla de madera que la cerraba, por lo que la muchacha redujo la velocidad.

—Se acabó la persecución, Dave.

Markham se colocó debidamente en el asiento, rezongando cosas.

Como lo hacía con gesto de sufrimiento, Cynthia preguntó:

—¿Te sientes mal?

—¿Crees que puedo sentirme bien, después de tanto rebotar de un

lado a otro? —gruñó Markham.

—Me parece recordar que ibas bien cogido a mis... Bueno, a lo que querías llevarte al otro mundo.

—Allí no me hubieran servido de nada.

—Por eso te has aprovechado aquí.

—Muy poco, porque estaba pensando en el cementerio de Las Vegas. Ya me veía enterrado allí. Y eso me hubiera disgustado, porque yo no soy de aquí.

—Tampoco yo.

—¿De dónde eres, rubia?

—De San Francisco. ¿Y tú...?

—Nací en Nueva York.

—Un tipo de la costa Este, y una chica de la costa Oeste. Y hemos tenido que conocernos en la ciudad del juego. Romántico, ¿no?

—Nuestro encuentro no tuvo nada de romántico —rezongó Dave—. Y lo que vino después, tampoco.

—Nos hemos hecho amigos, ¿no?

—Sí, pero como se entere tu amante...

—Deja en paz a mi amante, ¿quieres?

—No puedo olvidar que tiene sesenta y dos años. ¿Cómo es posible que una chica como tú, tan joven y tan bonita, se preste a complacer íntimamente a un viejo que...?

Dave Markham interrumpió la frase al ver que Cynthia Lester detenía su Pontiac.

—¿Por qué paras el coche? —preguntó Dave.

—Porque hemos llegado.

—Te dije que no quería venir a tu apartamento.

—Pues ya estás en él.

—Me niego a subir.

—Necesitas que alguien te atienda, Dave. Y sólo yo puedo hacerlo, por lo que veo.

Markham no replicó.

Cynthia Lester salió del Pontiac y ayudó a Dave Markham a descender del coche. Después, subieron al apartamento.

Sólo había siete escalones, pero a Dave se le antojaron setecientos.

El apartamento de Cynthia no era grande, pero sí alegre y moderno.

Había tantos cuadros en él, que Dave preguntó:

—¿Eres pintora, Cynthia?

—Sí.

—Qué interesante.

—¿Te gustan mis cuadros?

—No están mal.

—Sí que deben de estarlo, pues aún no he conseguido vender un solo cuadro.

—Empiezo a comprender lo de tu amante.

—¿De veras?

—Está claro que, sin su apoyo económico, no podrías dedicarte a la pintura. El financia tu carrera artística, y tú se lo agradeces ofreciéndole tu joven y hermoso cuerpo.

—Si tú lo dices...

Cynthia Lester llevó a Dave Markham al sofá del living, le ayudó a sentarse, y luego le quitó la chaqueta y la camisa, dejándolo con el torso desnudo.

Un torso recio y viril, poblado de rizado vello negro.

Las señales de golpes eran bien visibles.

Cynthia atendió cuidadosamente las heridas y contusiones, tanto las del rostro como las del tórax, el cual oprimió luego con sus manos, suave, pero firmemente.

Dave reprimió un gemido de dolor.

—¿Qué haces?

—Trato de averiguar si tienes alguna costilla rota.

—Creo que no.

—Lo celebro de veras. Brindaremos por eso, y por tu nuevo empleo.

Cynthia preparó un par de bebidas, ofreció una a Dave, y se sentó junto a él, montando una pierna sobre la otra.

Dave se las miró las dos, pero no intentó acariciarlas, pese a que su mano izquierda estaba muy cerca de ellas.

—¿Qué clase de empleo te ofreció el encargado de Aladino? —preguntó Cynthia.

Dave se lo explicó brevemente.

También le habló del anticipo de mil dólares.

—Oh, entonces ya no necesitarás que yo te haga un préstamo... —dijo Cynthia.

—No, ya no. Pero te lo agradezco de todos modos. Eso, y las demás cosas que has hecho por mí.

—Y las que todavía pienso hacer.

Dave se quedó mirándola.

—¿Qué más piensas hacer por mí, Cynthia?

—Ofrecerte mi cama —respondió la muchacha, sin el menor rubor.

## CAPITULO VII

Bud Jacobs estaba encendiendo un nuevo cigarro, cuando llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —autorizó, sin levantarse del sillón.

La puerta se abrió y Colin y Gordon entraron en el despacho.

Su aspecto no podía ser más lamentable.

Llevaban los trajes rotos, mojados, manchados de barro...

Un puro desastre.

Bud Jacobs se quedó mirándolos como si se tratara de dos fantasmas.

—¿Qué demonios os ha pasado...? —exclamó, cuando consiguió reaccionar.

Colin y Gordon cambiaron una nerviosa mirada.

Ninguno de los dos se atrevía a hablar.

Finalmente, fue Colin quien se decidió a informar al encargado del casino de lo sucedido.

—Seguimos a Dave Markham, tal y como usted nos ordenó, señor Jacobs.

—¿Y...?

—Montó en el coche de la rubia, un Pontiac plateado. Ella o él debieron descubrir que los seguíamos, y trataron de despistarnos. La chica es un diablo conduciendo, señor Jacobs. Hundió el pie en el acelerador y así, a velocidad de vértigo, empezó a realizar una serie de maniobras que erizaban el vello. No obstante, nosotros no nos achicamos e hicimos todo lo que hacía esa loca, por lo que no logró despistarnos. Y fue entonces cuando cometió la locura más grande de todas.

—¿Cuál?

Colin le contó lo de la calle en obras.

—Por fortuna —prosiguió el empleado—, había casi un metro de agua y barro en la gigantesca fosa, y eso amortiguó la violencia del choque. Si no, Gordon y yo nos habríamos roto la cabeza.

—Sin lugar a dudas, señor Jacobs —corroboró Gordon.

Bud Jacobs se puso lentamente en pie, el rostro convertido en una máscara de granito.

—De modo que Dave Markham se os escapó, ¿eh? —dijo, con oscura voz.

Colin y Gordon sintieron deseos de salir corriendo del despacho, pues conocían muy bien el significado de la dura expresión adquirida por el encargado de Aladino, pero no se movieron de donde estaban.

Jacobs rodeó la mesa y se acercó a ellos, el cigarro recién

encendido entre los dedos de su mano izquierda.

—Y se llevó los mil dólares que le di —siguió hablando el encargado.

—No debió fiarse de un desconocido, señor Jacobs —se le ocurrió decir a Colin.

Se ganó un rechazazo en toda la mandíbula.

Como la potencia de los puños de Bud Jacobs era realmente escalofriante, Colin se elevó un palmo del suelo y luego se estrelló contra él, quedando medio aturdido por la fenomenal coz.

—¡No me fié, estúpido! —rugió Jacobs—, ¡Si me hubiera fiado, no os habría ordenado seguirle!

—Tuvimos mala suerte, señor Jacobs —dijo nerviosamente Gordon—, Si no llega a ser por el maldito foso...

—¡El Pontiac de la chica lo saltó limpiamente! —ladró el encargado, y le soltó un tremendo castañazo.

Gordon se derrumbó estrepitosamente, y también él quedó medio atontado por la dureza del golpe.

—¡En pie, fante! —ordenó Jacobs.

Colin y Gordon se removieron débilmente en el suelo, pero continuaron tumbados.

Bud Jacobs no tenía por costumbre repetir una orden, cuando la daba, así que decidió actuar, en vez de hablar de nuevo.

Colin estaba tendido de lado, y le ofrecía el trasero.

Jacobs, sin pensárselo dos veces, acercó el purazo a las posaderas del empleado y le aplicó la brasa a la nalga zurda.

Colin lanzó un alarido, al tiempo que su cuerpo se tensaba como una cuerda de piano.

Jacobs retiró el puro y miró a Gordon, quien se hallaba echado de bruces, por lo que el encargado del casino no tuvo ninguna dificultad para aplicarle el cigarro encendido en el trasero.

La reacción de Gordon fue idéntica a la de Colin, chilló como una rata y estiró su cuerpo al máximo.

—¡Tenéis tres segundos para levantaros! —dijo Jacobs, y le dio una fuerte chupada al puro, para avivar su brasa por si se veía precisado a aplicarla de nuevo en las nalgas de los empleados.

No hubo necesidad.

Colin y Gordon brincaron del suelo al oír lo de los tres segundos, y todavía les sobró un segundo.

Bud Jacobs los miró fieramente.

—Oídmeme bien, pareja de mequetrefes. Quiero que encontréis al bastardo de Dave Markham. Y que lo encontréis pronto. Se ha burlado de mí, y de Bud Jacobs no se burla nadie. Los Pontiac plateados no abundan en Las Vegas, así que no os será demasiado difícil localizar el de Cynthia Lester. Y, cuando encontréis el

Pontiac de la chica, habréis encontrado también al hijo de perra de Dave Markham.

—¿Lo liquidamos, señor Jacobs? —preguntó Colin, con una mano en la nalga izquierda.

—No, os limitaréis a traerlo a mi presencia —respondió el encargado de Aladino—, Me ocuparé personalmente de que lo entierren en Las Vegas.

—Se lo traeremos, señor Jacobs, no se preocupe —dijo Gordon, que también se masajeaba la nalga quemada.

—Más os valdrá, porque si no...

La expresión de Bud Jacobs era tan amenazante, que Colin y Gordon sintieron frío en sus respectivas espaldas. Sin pronunciar una sola palabra más, abandonaron el despacho del encargado del casino, conscientes de que, si no daban con Dave Markham, serían ellos dos lo que reposarían para siempre en el cementerio de Las Vegas.

\* \* \*

Dave Markham seguía mirando fijamente a Cynthia Lester.

—¿Me estás proponiendo que me acueste contigo, rubia?

—Sólo te he ofrecido mi cama, no mi persona —aclaró ella.

—Aunque me ofrecieras también tu cuerpo, no lo tomaría.

—Eso no es precisamente un cumplido, pero no voy a enfadarme contigo por ello.

—No te ofendas, preciosa. Si digo que rechazaría tu ofrecimiento, es porque no podría hacer nada contigo esta noche. No estoy en condiciones, y tú lo sabes.

Cynthia Lester sonrió.

—¿Me harías el amor, si no te hubieran dado una paliza?

—Seguro.

—Bueno, falta saber si yo te lo permitiría.

—Disfrutarías mucho más conmigo que con el viejo que financia tu carrera artística, de eso puedes estar segura.

—No lo pongo en duda.

—Bien, como estoy que me caigo, acepto dormir en tu cama esta noche.

—Sabía que no rechazarías mi ofrecimiento.

—¿Me llevas a la cama, Cynthia?

—Encantada.

Con la ayuda de la joven, Dave se levantó del sofá y caminó hacia el dormitorio. Una vez en él, Cynthia preparó la cama y dijo:

—Quítate los pantalones.

Dave vaciló.

—¿Delante de ti?

—¿Es que no llevas nada debajo?

—Por supuesto que llevo.

—Entonces...?

Dave se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera, mostrando el slip. Cynthia lo cogió del brazo.

—Siéntate en la cama, Dave. Yo te ayudaré a sacarte el pantalón. Markham obedeció.

Cynthia le quitó los zapatos, le sacó el pantalón, y después le quitó también los calcetines.

—Ya puedes echarte, Dave.

Markham se acostó en la cama, blanda, limpia y perfumada.

Cynthia le cubrió con la sábana hasta la cintura.

—Felices sueños, Dave.

—Gracias.

—¿Puedo darte un beso?

—Lo estoy deseando.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—No lo sé.

Cynthia Lester se sentó en el borde de la cama y besó los labios de Dave Markham, dulce y cálidamente. Después, confesó:

—Yo también deseaba besarte, Dave.

—¿Besas así a tu amante?

—No puedes apartarlo de tu pensamiento, ¿eh?

—No, no puedo.

Cynthia le besó de nuevo y dijo:

—Me gustas, Dave.

—¿A pesar de mi nariz torcida?

Cynthia le pasó la yema del dedo índice por el tabique nasal.

—Te da personalidad, como tú dijiste.

Dave posó su mano sobre los desnudos muslos de Cynthia y comenzó a recorrerlos con suavidad. Ella le miró la mano y preguntó:

—¿Qué haces?

—Tú me acariciabas la nariz, y yo te acaricio las piernas.

—No es lo mismo.

—¿Te molesta?

—Me excita.

—A mí también.

—Entonces, nos conviene a los dos que interrumpas tus caricias. No se debe empezar algo que no está en condiciones de acabar. ¿Me explico?

—Como un libro abierto.

Cynthia le dio un tercer beso y se puso en pie.

—Buenas noches, Dave.

—Hasta mañana, preciosa.

Cynthia salió del dormitorio y Dave no tardó ni un minuto en quedarse dormido.

## CAPITULO VIII

Colin y Gordon tardaron varias horas en localizar el Pontiac plateado de Cynthia Lester, pero finalmente dieron con él. Para entonces, había amanecido ya.

—¡Allí está, Gordon! —exclamó Colin, dando un respingo de alegría.

—¡Sí, es el coche de la chica! —dijo Gordon, tan contento como su compañero.

Colin estacionó el Dodge marrón que llevaban ahora.

El Lancia azul seguía en el fondo de la calle en obras.

Colin y Gordon saltaron al suelo.

Se habían cambiado de ropa, antes de salir en busca del Pontiac plateado, y ofrecían un aspecto más presentable, aunque en sus rostros seguían apreciándose las marcas dejadas por los duros puños de Dave Markham.

Bueno, dos de aquellas señales eran obra de Bud Jacobs, que tampoco repartía golosinas, precisamente.

Como el Pontiac de Cynthia Lester se hallaba estacionado justo frente a la escalera de siete peldaños por la que accedía al apartamento de la muchacha, Colin y Gordon no dudaron en subir por ella.

Junto a la puerta, sujeto a la pared, estaba el buzón del correo, y en él figuraba el nombre de la joven.

—La chica vive aquí —dijo Colin, en tono bajo.

—¿Estará Dave Markham con ella?

—Jacobs sospecha que sí, pero si Dave no está aquí, obligaremos a la rubia a que nos diga dónde lo llevó, después de hacemos caer en aquel maldito foso.

—Sería divertido «trabajar» un poco a la chica, ¿no crees? —sonrió Gordon.

—Desde luego que sí —sonrió también Colin—. Pero yo preferiría que Dave estuviese con ella. Nos hemos pasado la noche entera buscándolo, y tengo ganas de atraparlo.

—Tienes razón.

Colin extrajo un juego completo de ganzúas del bolsillo derecho de su chaqueta. Como era un experto, tardó apenas medio minuto en abrir la puerta del apartamento de Cynthia Lester, y lo hizo sin causar el más leve ruido.

Gordon se llevó la mano a la axila y empuñó la Luger que ocultaba allí. Colin se guardó el juego de ganzúas y extrajo también su arma, una Super-Star.

Con las pistolas automáticas por delante, Colin y Gordon penetraron silenciosamente en el apartamento y cerraron la

puerta. Al instante descubrieron a Cynthia Lester, acostada en el sofá del living.

La muchacha dormía profundamente, no se había enterado de nada.

Colin y Gordon avanzaron lentamente hacia el living.

De pronto, Colin se detuvo y tocó el brazo de su compañero, quien se paró también. Colin, con su Super-Star, señaló uno de los sillones.

Gordon miró hacia allí y descubrió la chaqueta de Dave Markham, así como su camisa.

Los dos empleados de Aladino sonrieron.

Ahora ya sabían que Dave Markham se encontraba en el apartamento de Cynthia Lester.

Gordon movió su Luger y señaló el otro sillón, sobre el que yacían las ropas de Cynthia. La liviana blusa amarilla, los breves *shorts* plateados, y unas diminutas braguitas de encaje negro, terriblemente sugestivas. Los zapatos de la muchacha, de alto tacón, yacían tirados en el suelo, cerca del sillón.

Los ojos de Colin brillaron lujuriosamente y luego se posaron en el sofá, sobre el que Cynthia Lester seguía durmiendo a pierna suelta.

Y nunca mejor empleada la expresión, pues la pierna derecha de la joven había caído del sofá y su pie tocaba el suelo. Al resbalar, la pierna se había salido de debajo de la rosada sábana que cubría el cuerpo, totalmente desnudo, de la muchacha.

Por si fuera poco, y de una manera inconsciente, Cynthia Lester había levantado su otra pierna, la izquierda, hasta descansarla en la parte superior del respaldo del sofá, por lo que también la exhibía totalmente.

Y, para colmo, la sábana se había deslizado algunos centímetros por el busto de Cynthia, dejándola poco menos que con los pechos al aire.

El brillo lujurioso era ahora más agudo en los ojos de Colin.

También Gordon miraba a Cynthia Lester con enorme deseo.

Ambos pensaban lo mismo: retirar la sábana de un zarpazo.

Fue Colin quien lo hizo.

Cynthia Lester se despertó y descubrió a los empleados de Aladino.

La sorpresa la dejó paralizada, lo cual les vino muy bien a Colin y Gordon, porque así pudieron contemplar el maravilloso cuerpo desnudo de la muchacha, que no podía esconder nada en aquella postura, no por involuntaria menos descarada y excitante.

Pero Cynthia reaccionó a los pocos segundos.

No gritó, porque se había dado cuenta de que los empleados del

casino la apuntaban con sendas pistolas automáticas, pero sí juntó las piernas y las encogió sobre el sofá todo lo que pudo, al tiempo que erguía el torso y se cubría los senos con los brazos.

Colin y Gordon rieron quedamente.

—¿Tienes frío, rubia? —preguntó el primero, con ironía.

—Nosotros podemos hacerte entrar en calor, si quieres —dijo Gordon.

—Devuélvanme la sábana, cerdos —pidió Cynthia.

—¿Se la devuelvo, Gordon?

—Espera un poco, Colin.

—La chica ya no nos enseña casi nada.

—Que nos lo vuelva a enseñar todo, y luego le devuelves la sábana —sugirió Gordon.

—Buena idea —dijo Colin.

—No voy a enseñarles nada, puercos —hizo saber Cynthia—, Y se acordarán de esto, se lo juro.

—Ya lo creo que nos acordaremos, ¿verdad, Gordon?

—Sí, será difícil que olvidemos lo que hemos visto, porque la panorámica no podía ser más completa —rió por lo bajo Gordon.

Colin rió de la misma forma.

—Pareja de ratas asquerosas —masculló Cynthia, roja de vergüenza y de ira.

Colin le arrojó la sábana.

—Envuélvete con ella, rubia, y vamos a despertar al bastardo de Dave.

Cynthia se enrolló la sábana y se puso en pie.

—¿Qué es lo que quieren de Dave?

—Bud Jacobs desea verle —respondió Gordon.

—¿A estas horas?

—Sí, es muy urgente —contestó Colin.

—Dave apenas puede caminar.

—Nosotros le ayudaremos, no te preocupes —dijo Gordon, con irónica sonrisa.

—Déjenlo descansar un poco más, por favor —rogó Cynthia—. Lo necesita.

—Cuando haya hablado con Bud Jacobs podrá descansar todo lo que quiera. ¿No es cierto, Gordon?

—Oh, sí, tendrá días enteros de descanso. Y semanas. Y meses. Y hasta años.

Cynthia Lester entrecerró los ojos.

—¿Qué quieren decir?

—Nada, preciosa. Vamos, llévanos junto a Dave Markham —dijo Colin.

—¿Para qué son esas pistolas?

—Tal vez Dave no quiera venir con nosotros, y haya que obligarle

—respondió Gordon.

Cynthia no hizo más preguntas.

Echó a andar hacia el dormitorio, seguida de cerca por los empleados de Aladino. Entraron los tres en la habitación.

Dave Markham dormía como un leño.

—La cama es grande, rubia —dijo Colin—, ¿Por qué te acostaste tú en el sofá del living?

Cynthia no respondió.

—Dave no se encontraba con fuerzas para hacerle el amor a la chica, Colin —adivinó Gordon—, Por eso no se acostaron juntos.

—Qué lástima —sonrió Colin, con ironía—. Vamos, despierta a Dave, preciosa.

Cynthia puso su mano sobre el hombro izquierdo de Markham y lo zarandeó suavemente.

—Dave... —lo llamó—. Despierta, Dave.

Markham abrió los ojos.

En seguida vio a Colin y Gordon.

También vio que esgrimían sendos pistolones automáticos.

—¿Qué significa esto?

—Sal de la cama y vístete, Dave —ordenó Colin.

—Bud Jacobs quiere verte —añadió Gordon.

—¿Qué hora es?

—Muy temprano —respondió Colin.

—No lo entiendo. Jacobs no tenía nada más que decirme, me concedió tres días de descanso, para recuperarme de los golpes que me disteis.

—Le tomaste el pelo. Y a Bud Jacobs no le toma el pelo ni su madre.

—¿De qué hablas, Colin?

—Lo sabes muy bien, Dave. Tú nunca tuviste intención de trabajar en Aladino, sólo querías quedarte con los mil dólares que Jacobs te dio.

—¡Eso es mentira!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué huiste, cuando descubriste que Gordon y yo te seguíamos?

—¿Erais vosotros los que ibais en el Lancia azul...?

—¿Vas a decirnos que no lo sabías? —rezongó Gordon.

—¿Cómo demonios iba a saberlo? ¡Yo pensé que eran los tipos con los que tengo deudas de juego!

Colin y Gordon vacilaron.

—Estás tratando de liarnos, Dave —masculló el primero.

—¡Es la verdad, os lo juro! ¡Que me entierren en Las Vegas, si miento!

—Te enterrarán en esta ciudad, no lo dudes. Ya tienes un sitio reservado en el cementerio —dijo Gordon.

Dave insistió en que no sabía que eran ellos los que iban en el Lancia, pero no le sirvió de nada. Colin y Gordon estaban firmemente decididos a llevarlo a presencia de Bud Jacobs, y Dave no tuvo más remedio que abandonar la cama.

Con la ayuda de Cynthia, empezó a vestirse.

Colin y Gordon no dejaban de apuntarle con sus armas.

En cuanto Dave dio los primeros pasos, se vio que se encontraba tan mal como la noche pasada, y Cynthia tuvo que sostenerle.

Sin embargo, la realidad era bien distinta. Gracias a las varias horas de descanso, fingía hallarse igual de débil para confiar a los empleados del casino y poder sorprenderlos.

Y lo consiguió.

Con el filo de su mano derecha, golpeó la muñeca de Colin y le obligó a soltar la pistola. Casi al mismo tiempo, el puño izquierdo de Dave percutía sonoramente en el maxilar inferior de Gordon, al que derribó.

Gordon también perdió su Luger.

Dave intentó apoderarse de ambas pistolas, pero Colin le atacó rabiosamente.

—¡Las armas, Cynthia! —gritó Dave, mientras hacía frente a Colin.

La muchacha no se hizo repetir la orden.

Recogió la Luger de Gordon y luego trató de hacer lo propio con la Super-Star de Colin, pero Gordon la vio y la atacó.

Cynthia no dudó en atizarle con el cañón de la Luger en todo el cráneo. Gordon emitió un grito y se desplomó.

La muchacha se apoderó de la Super-Star de Colin y exclamó:

—¡Tengo las dos pistolas en mi poder, Dave!

—¡Magnífico! —dijo Markham, justo en el instante en que le sacudía con el puño diestro a Colin.

El tipo giró sobre sí mismo y luego se derrumbó.

—Situación controlada —dijo Dave, lamiéndose los nudillos.

—¡Vuelves a estar en forma, Dave! —exclamó Cynthia, asombrada.

—Sí, poseo una gran capacidad de recuperación —sonrió Markham.

—No sabes cuánto lo celebro.

—¿Lo dices por...?

—No lo digo por nada, malpensado.

—De todos modos, en este momento no puedo hacerte el amor. Tengo que reanimar a estos dos y volver con ellos a Aladino, para aclarar las cosas con Bud Jacobs.

—Eso se me antoja muy peligroso, Dave.

—No te preocupes, no me ocurrirá nada —aseguró Markham, y como adivinó que Cynthia iba a insistir, le dio un beso en los labios y no la dejó hablar.

## CAPITULO IX

Colin con cara de perro, conducía el Dodge marrón.

Sentado a su lado, con una expresión parecida, iba Gordon, quien de cuando en cuando se palpaba el chichón que tenía en la cabeza, fruto del golpe que le atizara Cynthia Lester con el cañón de la Luger.

En el asiento trasero, cómodamente repantigado, viajaba Dave Markham, que los apuntaba a los dos con la Super-Star de Colin. En el bolsillo interior de su chaqueta, llevaba la Luger de Gordon.

Realizaron el trayecto sin intercambiar una sola palabra.

Entraron en Aladino por la puerta que daba al oscuro callejón.

Bud Jacobs tenía una habitación en el casino, pero todavía no se había acostado, por hallarse pendiente del regreso de Colin y Gordon, a los que esperaba en su despacho, fumando un cigarro tras otro.

Por fin, Colin y Gordon entraron en el despacho, encañonados por Dave Markham, lo cual dejó paralizado al encargado de Aladino.

Dave sonrió y dijo:

—Aquí me tiene, señor Jacobs. Pero no porque me hayan traído por la fuerza Colin y Gordon, sino por mi propia voluntad. Parece ser que hay un malentendido, y soy el más interesado de todos en aclararlo.

—¿De veras? —rezongó el encargado del casino.

—Yo no lo engañé, señor Jacobs. Quiero trabajar en el casino, necesito el empleo.

—¿Por qué huiste, entonces, cuando descubriste que Colin y Gordon te seguían?

Dave se lo explicó, pero el encargado de Aladino no pareció quedar muy convencido. Y lo demostró replicando:

—¿Acaso no piensas pagar tus deudas?

—Naturalmente que pienso hacerlo.

—¿Por qué huiste, pues?

—No quise mezclar a Cynthia Lester en el asunto, señor Jacobs. La chica se ha portado muy bien conmigo, a pesar de lo que le hice, y esos tipos son unos desaprensivos. Temí que intentaran abusar de ella, y como yo no me encontraba en condiciones de defenderla, le pedí que pisara el acelerador a fondo.

Bud Jacobs guardó silencio.

Dave añadió:

—Le estoy diciendo la verdad, señor Jacobs. Nunca pensé en quedarme con sus mil dólares y desaparecer. Si fuera así, no estaría, ahora aquí, hablando con usted. Es más, como me encuentro muy mejorado de los golpes recibidos, iré esta misma mañana a comprarme ropa nueva y esta tarde empezaré a trabajar. ¿Le parece bien?

Los duros labios del encargado del casino se distendieron en una

sonrisa.

—Eso me complacería mucho, Dave.

—Pues ya está decidido.

—¿De verdad te sientes con ánimos de ponerte a trabajar?

—Sí, creo que podré aguantar. Estoy recuperando rápidamente la forma, señor Jacobs. Colin y Gordon pueden dar fe de ello. Se descuidaron un momento, y los tumbé a los dos.

Bud Jacobs miró a Colin y Gordon, y dejó de sonreír.

—Sois un par de inútiles. ¡Falláis en todo!

Colin y Gordon no replicaron, limitándose a bajar la cabeza, avergonzados.

—¿Les devuelvo sus armas, señor Jacobs? —preguntó Dave.

—Sí, dáselas —gruñó el encargado del casino—. Aunque, para lo que les sirven...

Dave le devolvió la Super-Star a Colin y la Luger a Gordon.

Después, preguntó:

—¿Yo también tendré que llevar un juguete de éstos, señor Jacobs?

—Sí, Dave. En los casinos hay mucho dinero, y a veces sucede que alguien intenta llevárselo a punta de pistola, de escopeta con los cañones recortados, o de metralleta. Y esas situaciones no pueden dominarse a puñetazos. Por eso los empleados deben ir armados.

—Entendido, señor Jacobs.

Bud Jacobs volvió a mirar con dureza a Colin y Gordon.

—¡Fuera de mi vista, estúpidos!

Colin y Gordon se apresuraron a abandonar el despacho.

Bud Jacobs suavizó nuevamente la expresión y dijo:

—Lamento lo sucedido, Dave.

—No tiene importancia, señor Jacobs.

—¿Estabas con la chica, cuando Colin y Gordon te encontraron?

—Sí, me hallaba en su apartamento. Me llevó allí para atenderme debidamente, y luego me ofreció su cama.

—Qué chica tan amable —sonrió maliciosamente el encargado.

Dave carraspeó.

—Sólo me ofreció su cama, señor Jacobs. Ella no entraba en la oferta.

—Oh, no...

—Fue una suerte, no crea. Tal y como me encontraba yo anoche...

Bud Jacobs rió con fuerza.

—Tiene razón, Dave. Si ese bombón de chica se hubiera acostado contigo, esta mañana te encontrarías peor aún que anoche.

—¡Seguro! —rió también Markham.

—¿Quieres que te preste un coche, Dave?

—Bueno, si tiene alguno que no utilice...

—Tengo varios. Puedes llevarte el Ford gris. Te daré las llaves.

—Gracias, señor Jacobs.

El encargado sacó las llaves del cajón superior de su mesa y se las entregó, mientras le explicaba dónde se hallaba estacionado el Ford gris.

Pocos minutos después, Dave Markham montaba en el coche prestado por Bud Jacobs y se alejaba en él del hermoso casino propiedad, como algunos otros, de Malcolm Farlow, también conocido como El rey de Las Vegas.

\* \* \*

Cynthia Lester dio un respingo al oír el timbre de su apartamento.

—¡Dave! —exclamó, y corrió a abrir.

Ya no iba envuelta en la rosada sábana, sino que lucía una corta y sugestiva bata de baño, descuidadamente cerrada.

Era Dave Markham, efectivamente.

—Aquí me tienes de nuevo, sano y salvo —sonrió él, abriendo los brazos.

Cynthia se echó en ellos y le besó con ganas.

Dave la elevó y entró así en el apartamento, cuya puerta cerró con el pie.

—Te dije que no iba a ocurrirme nada, preciosa.

—¿Hablaste con Bud Jacobs?

—Sí, ya está todo aclarado. Esta tarde empezaré a trabajar en el casino.

—¿Esta tarde...?

—Eso he dicho.

—¡Deberías descansar un par de días, Dave!

—No es necesario, me encuentro bien.

—Insisto en que...

Cynthia Lester no pudo insistir en nada, por el momento, pues Dave Markham la estaba besando en los labios con pasión.

Y no se limitó a eso.

Cynthia sintió deslizarse la mano de Dave por la abertura de la bata de baño, pero no hizo nada por detener su avance, y pronto la sintió sobre su seno izquierdo.

La muchacha ahogó un gemido de placer, porque la mano de Dave acariciaba su pecho con sabiduría y lo oprimía con ternura. Instantes después, la mano de Dave se ocupaba del otro seno, provocando un dulce estremecimiento en Cynthia.

De pronto, Dave interrumpió el beso.

Se miraron a los ojos mudamente.

Dave seguía con la mano sobre el seno derecho de la muchacha, pero la retiró lentamente y la bajó hasta el cinturón de la bata,

que empezó a soltar.

Cynthia no decía nada, pero sentía latir su corazón con mucha fuerza.

Dave la contempló.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida, Cynthia.

—¿De veras?

—No sabes cómo deseo hacer el amor contigo.

—Yo también lo deseo, Dave —confesó Cynthia, alzando sus brazos y rodeando amorosamente el cuello masculino.

Después, quiso besar los labios de Dave, pero éste echó la cabeza hacia atrás.

—No, Cynthia.

—¿Qué te pasa, Dave?

—No vamos a hacer el amor.

—¿Por qué? —preguntó Cynthia, visiblemente desilusionada.

—No puedo.

—Dijiste que te encontrabas bien.

—No se trata de un problema físico.

—Oh, ya entiendo. No me perdonas que tenga un amante viejo y rico, ¿eh?

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—¿Y si te dijera que no tengo ningún amante?

—No te creería.

—Ya lo suponía.

—Lo lamentó, Cynthia, créeme. Pero...

—No te preocupes, no voy a suplicarte que me lleves a la cama —le interrumpió ella, cerrándose la bata—, Ahora ya sé que tocarme te repugna en lo más profundo de tu ser.

—Cynthia, yo...

—Será mejor que te marches, Dave.

—Si, creo que sí —murmuró Markham, y abandonó el apartamento de la muchacha.

## CAPITULO X

Dave Markham llevaba un par de semanas trabajando en Aladino.

El trabajo, hasta el momento, no podía ser más tranquilo, pues los incidentes que se producían en el casino eran escasos y fáciles de solucionar.

Nadie, en aquellas dos semanas, había intentado llevarse una fuerte suma de dinero a punta de pistola, de escopeta, o de metralleta. Los incidentes se limitaban a disputas entre los propios clientes, y también a que algunos de éstos se mostraban demasiado audaces con las camareras del casino, todas ellas jóvenes, y muy ligeras de ropa.

El mismo día que Dave Markham empezó a trabajar en Aladino, luciendo ya un traje de calidad y una camisa de las caras, Bud Jacobs le entregó una Parabellum, metida en una funda sobaquera.

Dave se la colocó en el mismo despacho del encargado, pero hasta el momento, afortunadamente, no había tenido necesidad de hacer uso de la impresionante automática.

En estas dos semanas, Dave había tenido algún roce dialéctico con Jackson, Andrew, Colin y Gordon, pero la cosa no había pasado de ahí.

Y no por falta de ganas, sino porque Bud Jacobs tenía absolutamente prohibidas las peleas entre sus empleados. Por esta razón, Jackson y sus compañeros se contenían y no molían a puñetazos a Dave Markham, a quien no podían ver ni en pintura desde la misma noche en que a Bud Jacobs se le ocurriera ofrecerle trabajo en Aladino.

Dave lo sabía, pero no le importaba, incluso le divertía que Jackson, Andrew, Colin y Gordon le mirasen siempre con cara de vinagre, pues ello le daba pies para lanzarles alguna pulla y acentuar su mal humor.

Desde el día en que empezó a trabajar en Aladino, Dave Markham no había vuelto a ver a Cynthia Lester. Varias veces había estado tentado de ir a visitarla a su apartamento, pero en ninguna de ellas acabó de decidirse. En el fondo, Dave tenía la esperanza de que Cynthia se dejase ver por el casino, pero los días iban pasando y tal cosa no sucedía.

Dave seguía disponiendo del Ford gris prestado por Bud Jacobs.

También disponía, de vez en cuando, de alguna de las guapas camareras del casino, Dave había simpatizado rápidamente con todas ellas, y ya se había ido a la cama con cuatro.

Aquella noche, Dave Markham fue llamado por Bud Jacobs a su

despacho.

Dave acudió con prontitud.

—Aquí me tiene, señor Jacobs.

—Siéntate, Dave. Tengo que hablar contigo —dijo el encargado del casino.

Markham ocupó uno de los sillones y cruzó las piernas.

—Le escucho, señor Jacobs.

—Encendamos un purito, antes de entrar en el asunto.

—Excelente idea —sonrió Markham, y cogió un cigarro de la caja que le tendía Jacobs.

Este cogió otro.

Segundos después, los dos hombres empezaban a fumar.

—¿Te sientes a gusto en Aladino, Dave? —preguntó el encargado.

—Oh, sí, mucho.

—¿No te aburres?

—Pues, ya que lo dice... No pasan muchas cosas en el casino, y yo siempre he sido un hombre de acción. Es lo único que echo de menos. Este trabajo es muy tranquilo, señor Jacobs, y a mí me gusta el ajetreo, la aventura, el riesgo... Pero no tema, no pienso renunciar. Le repito que me siento a gusto en el casino. La paga es buena, y las camareras son muy cariñosas. ¿Qué más puedo pedir?

Bud Jacobs rió.

—Eres un gran tipo, Dave.

—Gracias, señor Jacobs.

—¿Te gustaría ganar quinientos dólares a la semana?

Markham casi escupe el purazo.

—¿Cuántos cientos ha dicho...?

—Quinientos.

—¡Eso es una fortuna!

—Puedes ganarlos, Dave.

—¿Cómo, señor Jacobs?

—Interviniendo en los otros negocios que tiene Malcolm Farlow. Si aceptas, no sólo ganarás mucho dinero, sino que tendrás ajetreo, aventuras, riesgo, emociones... Todo lo que a ti te gusta, vamos.

—¡Acepto sin dudar!

—¿No quieres saber de qué clase de negocios se trata?

—Me enteraré sobre la marcha.

—Algunos están fuera de la ley, Dave —reveló Bud Jacobs.

—¿De veras?

—Sí, son negocios muy productivos, pero delictivos. Gracias a ellos, Malcolm Farlow es ahora dueño de varios casinos en Las Vegas. Y seguirá adquiriendo más. No hay nada como estar al

margen de la ley, para hacerse rico.

—Sí, eso es verdad —asintió Markham.

—¿Te sigue interesando mi proposición, ahora que sabes que...?

—Sí, señor Jacobs. Quiero ganar quinientos pavos a la semana, y tener un trabajo mucho más activo y emocionante que el que tengo ahora. Malcolm Farlow puede contar conmigo para lo que sea.

Bud Jacobs sonrió ampliamente.

—Estupendo, Dave. Debo, sin embargo, advertirte algo.

—¿El qué, señor Jacobs?

—En este nuevo trabajo no puedes fallar, Dave, porque los errores se pagan muy caros.

—Con la cárcel, ya lo sé.

—Peor que eso, Dave. Se pagan con la muerte.

—¿En serio?

—Sí, el señor Farlow no puede permitir que ninguna de las personas que intervienen en sus negocios delictivos caiga en manos de la policía, porque podrían obligarla a hablar y... Es más seguro cerrarle la boca para siempre.

—Entiendo, señor Jacobs. Y, por la cuenta que me tiene, procuraré no cometer ninguna equivocación.

—Y ninguna indiscreción. No debe hablar con nadie de los negocios fuera de la ley... Malcolm Farlow, por mucha confianza que tengas con la persona en cuestión. Si lo haces...

—Me enterrarán en Las Vegas.

—Exacto.

Dave Markham sonrió.

—Tranquilo, señor Jacobs. No me gusta el cementerio de Las Vegas.

\* \* \*

Dave Markham salió del despacho de Bud Jacobs y echó a andar por el amplio corredor, con el purazo entre los dientes y el gesto risueño.

De pronto, se abrió una puerta y asomó una de las camareras del casino. Era pelirroja, y estaba como un tren.

—Dave...

Markham se detuvo y la miró como se debe mirar a una mujer que está así de bien y que lo enseña casi todo.

—Hola, preciosidad —dijo, quitándose el puro de la boca.

—Entra un momento, ¿quieres?

—Claro.

Markham entró en la habitación, cuya puerta se apresuró a cerrar la camarera. Markham le dio otro descarado repaso a la chica con la mirada.

—Tú eres la nueva, ¿no?

—Sí, sólo llevo dos días trabajando en el casino. —¿Cómo te llamas?

—Doris.

—¿Sabes que estás como quieres, Doris?

—Gracias, eres muy amable.

—Muy hombre, eso es lo que soy —murmuró Markham, abarcando por la desnuda cintura a la pelirroja. Ella le puso las manos en el pecho.

—Frena, Dave.

—¿Qué ocurre, preciosa? ¿No me has hecho entrar aquí para esto?

—No.

—¿Para qué, entonces?

—Tengo que decirte algo, Dave.  
—¿El qué?  
—No soy una camarera de verdad.  
—¿No...?  
La chica movió la cabeza.  
—Sólo finjo que lo soy.  
—¿Qué eres, entonces  
—Policía, como tú.

\* \* \*

Dave Markham se quedó de muestra.  
—¿Que eres qué...? —exclamó, cuando consiguió salir de su sorpresa.  
—Policía, Dave —repitió la falsa camarera.  
—Policía...  
—Sí, me han enviado para ayudarte en tu misión.  
—¿Qué misión?  
—Acumular pruebas suficientes para enviar a la cárcel a Malcolm Farlow, el rey de Las Vegas.  
—Enviar a la cárcel a Malcolm Farlow...  
—Lo conseguiremos, Dave. Tú eres un buen policía, y yo también lo soy. Si no fuera así, no nos hubieran confiado una misión tan peligrosa. Un solo fallo, y nos enterrarían a los dos en Las Vegas.  
—A mí no me enterrarán, desde luego —rezongó Dave, y estrelló los nudillos de su puño derecho en el suave mentón de la mujer policía, que emitió un gemido y se desplomó.

## CAPITULO XI

La pelirroja quedó tendida en el suelo, sin conocimiento.

Dave Markham no perdió el tiempo contemplándola, sino que la cogió en brazos y la sacó de la habitación, llevándola directamente al despacho de Bud Jacobs.

El encargado del casino dio un respingo al ver entrar a Dave con una de las camareras en brazos.

—¿Qué le ha ocurrido a Doris...?

—Le di un puñetazo, señor Jacobs —respondió Markham, depositando a la pelirroja sobre el sofá del despacho.

Bud Jacobs se levantó del sillón y rodeó su mesa, acercándose al sofá.

—¿Que le diste un puñetazo, dices...?

—Sí, no tuve más remedio que hacerlo.

—¿Por qué?

—Doris no es una camarera, es policía.

—¿Qué...?

Dave le refirió la breve conversación que la pelirroja y él habían mantenido. Y, después, añadió:

—Es evidente que la chica se confundió, señor Jacobs, al creer que yo era un policía que se ha infiltrado

en el casino con la misión de enviar a la cárcel al señor Farlow. Y fue una suerte que se confundiera, porque gracias a ello sabemos ahora que hay un policía entre nosotros. Tal vez sea Jackson. O Andrew... Porque no creo que Colin o Gordon... —Dave se interrumpió al ver que Bud Jacobs rompía a reír como si estuviese participando en un concurso de carcajadas y quisiera llevarse el primer premio.

Con lógico gesto de extrañeza, preguntó:

—¿Qué es lo que le hace tanta gracia, señor Jacobs?

—¡Todo! —respondió el encargado, sin dejar de reír.

—Pues a mí me parece que el problema es muy serio.

—¡No hay ningún problema, Dave!

—¿Que no...? ¡Tenemos dos policías en el casino, y aún nos falta descubrir al otro!

Bud Jacobs le palmeó la espalda.

—Tranquilo, Dave, tranquilo. En Aladino no tenemos ningún policía infiltrado.

Markham apuntó a la pelirroja, que seguía desvanecida.

—Ahí tiene uno.

—Doris no es policía, Dave.

—¡Ella misma lo confesó, señor Jacobs!

—Sólo estaba representando una farsa.

—¿Cómo? —parpadeó Markham.

Bud Jacobs rió de nuevo y explicó:

—Doris es una camarera auténtica, Dave. Trabaja en otro de los casinos del señor Farlow. Yo la hice venir, hace dos días, para ponerte a prueba. Ya tenía pensado hablarte de los negocios delictivos del señor Farlow, y ella debía representar su papel en cuanto yo te pusiese al corriente de cómo Malcolm Farlow se ha convertido en el rey de Las Vegas.

Markham frunció el ceño.

—Todavía no se fía de mí, ¿eh, señor Jacobs?

—Te equivocas, Dave. Tenía plena confianza en ti.

—Si la hubiera tenido, no me habría puesto a prueba.

—Tenía que hacerlo, Dave. Son órdenes del señor Farlow. No se fía ni de su sombra, y yo lo comprendo. Un hombre tan importante como él, con negocios al margen de la ley, debe tomar siempre las máximas precauciones. Cada vez que empleamos a alguien, lo sometemos a algún tipo de prueba. Si el tipo demuestra que se puede confiar en él, entra de lleno en la organización que tiene montada Malcolm Farlow. Si no...

—Lo entierran en Las Vegas.

—Tú lo has dicho.

Dave Markham miró de nuevo a la desvanecida pelirroja.

—Lo siento por la chica.

—¿Le diste fuerte?

—Bastante.

—Bueno, no te preocupes. Doris se llevará un par de cientos por haber representado tan bien su papel.

—Sí, pero el castañazo ya no se lo quita nadie.

—Son gajes del oficio, Dave.

—Pobre Doris.

—Verás qué pronto se despierta.

Bud Jacobs se acercó al mueble-bar y cogió un par de cubitos de hielo, regresando con ellos.

—¿Qué va a hacer, señor Jacobs?

—Observa, Dave.

Las camareras de Aladino vestían una faldita que no tendría más de diez o doce centímetros, y una miniblusa con flecos, tremendamente descarada.

Bud Jacobs paseó los cubitos de hielo por el desnudo estómago de la pelirroja Doris, por sus aireados senos, y por las caras interiores de sus largos muslos.

La camarera tuvo una serie de convulsiones, provocadas por el frío contacto del hielo en su tibia piel, y luego abrió los ojos.

—¿No te lo dije, Dave? —sonrió Jacobs, dejando de aplicar los

cubitos de hielo en el cuerpo de la pelirroja—. Es un método que nunca falla.

Lo primero que hizo la chica, fue llevarse la mano a la barbilla.

—¿Dónde está la mula? —rezongó.

—¿Qué mula?

—La que me soltó la cox.

Bud Jacobs se echó a reír y señaló a Dave Markham.

—Aquí la tienes, Doris.

La camarera miró a Markham.

—¿Sabes que eres muy poco delicado con las mujeres, Dave?

Markham tosió.

—Lo siento, Doris. Me tragué el cuento de que eras un policía, y...

—Tú te tragaste el cuento, y yo casi me trago un par de dientes.

—No sé qué decir.

—Y yo no sé qué podré comer. Me duele toda la mandíbula.

Bud Jacobs intervino:

—No culpes a Dave, Doris. Reaccionó como yo esperaba que reaccionara, y debemos sentirnos satisfechos por ello.

—Si yo llego a saber que reaccionaría así, no me habría prestado al juego. Tengo los dientes muy bonitos, y no quiero perderlos a puñetazos.

Markham carraspeó.

—¿Puedo hacer algo por ti, Doris?

—Sí, llevarme al dentista por la mañana y pagar la factura.

—Hablo en serio.

—Yo también —gruñó la camarera.

Bud Jacobs indicó:

—Llévala a su casa, Dave.

—Sí, buena idea —respondió Markham.

La pelirroja no se opuso.

Jacobs le guiñó el ojo a Markham y dijo:

—No es necesario que vuelvas por el casino esta noche, Dave.

—¿Seguro, señor Jacobs?

—Sí, ya hablaremos mañana.

—Gracias, señor Jacobs. ¿Vamos, Doris?

—Cuando quieras, «mula Francis».

Bud Jacobs lanzó una sonora carcajada.

\* \* \*

Dave Markham conducía el Ford gris de Bud Jacobs. De vez en cuando, miraba a la pelirroja Doris. La camarera seguía seria.

En la barbilla se le había formado una mancha azulada.

—¿Todavía te duele, Doris?

—Sí.

—¿Tienes linimento en casa?

—Creo que sí.

—Eso te aliviará el dolor.

—Lo dudo. Cuando se da un puñetazo con ganas...

—¿Qué hubieras hecho tú, en mi lugar?

La camarera no respondió.

Tenía muy pocas ganas de hablar.

Dave no quiso forzarla a ello, y guardó silencio también.

Pocos minutos después, llegaban al apartamento de la camarera.

Doris salió del coche.

Sobre las ropas de camarera, se había puesto un largo blusón estampado.

—Buenas noches, Doris. Y vuelvo a decirte que lo siento mucho.

La pelirroja lo miró por la ventanilla.

—¿No quieres subir, Dave?

—Me encantaría, pero creo que a ti no te gustaría.

—Si fuera así, no te hubiera dicho nada. Vamos, sal de ahí, «mula Francis» —apremió la camarera, reprimiendo una sonrisa.

Dave no se hizo repetir la orden.

Subieron al apartamento.

Apenas entrar en él, la pelirroja Doris se despojó del blusón y quedó con su atrevida indumentaria de camarera.

—¿Te apetece beber algo, Dave?

Markham la enlazó por el desnudo talle y la atrajo hacia sí.

—Me apetecen más otras cosas —respondió, e intentó besarla, pero ella le frenó poniéndola las manos en el pecho.

—Un momento, Dave.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Vas a largarme otra historia de policías?

—No, porque me soltarías otra coz. Y ya tuve bastante con una.

—Es eso, ¿eh? No me perdonas que te diera un puñetazo.

—Te equivocas, ya te he perdonado.

—¿Entonces...?

—Bueno, tengo por costumbre tomar una copa antes de irme a la cama con un hombre. ¿Tú no?

—Yo no me iría a la cama con un hombre ni por todo el oro del mundo —respondió Dave, y la besó en los labios.

Y lo hizo con tanto ardor, que la pelirroja Doris se olvidó de la copa y permitió que Dave la llevara a la cama y le hiciera el amor.

## CAPITULO XII

Por la mañana, apenas ver entrar a Dave Markham en el casino, Jackson salió a su encuentro y comunicó:

—Jacobs quiere verte, Dave.

—Voy para allá —respondió Markham, y se dirigió al despacho del encargado.

Bud Jacobs estaba revisando unos documentos.

—Hola, Dave.

—¿Qué tal, señor Jacobs?

—¿Cómo te fue con Doris?

—Fenomenal.

—Te perdonó el castañazo, ¿eh?

—Sí, en cuanto llegamos a su apartamento. Me invitó a subir y...

Bud Jacobs rió.

—No es necesario que entres en detalles, imagino lo que sucedió.

—Fue algo portentoso, señor Jacobs. Gracias por sugerirme que llevara a Doris a su casa, y por darme el resto de la noche libre.

—No hay de qué, muchacho. Bien, ahora vayamos al asunto.

—¿Qué asunto?

—Debutas hoy, Dave.

—¿En qué?

—En los negocios delictivos del señor Farlow. —¿De veras? —se alegró Markham.

—Vamos a recibir un importante cargamento de droga, que luego nos encargaremos de distribuir.

—¿Qué clase de droga, señor Jacobs?

—Heroína.

—Magnífico.

—Llegará en una avioneta, que aterrizará en el desierto. Es el lugar más seguro. Allí realizaremos el intercambio. Nosotros recibimos la heroína, y el dinero. Siempre lo hacemos así. No nos fiamos demasiado los unos de los otros, ¿sabes?

—No me extraña, tratándose de un cargamento tan valioso.

—Malcolm Farlow siempre juega limpio, pero la gente con la que tratamos no siempre actúa así, por lo que debemos estar preparados para todo. ¿Entiendes lo que quiero decir, Dave?

Markham se llevó la mano a la axila, por fuera de la chaqueta, y palpó la Parabellum que llevaba oculta allí.

—Yo estoy preparado para lo que sea, señor Jacobs. El encargado sonrió satisfecho.

—Eres un tipo listo, Dave.

El Ford gris rodaba por la solitaria carretera que cruzaba el desierto, conducido por Dave Markham, Junto a éste, iba Bud Jacobs,

Jackson, Andrew, Colin y Gordon los seguían en el Dodge marrón. El Lancia azul se encontraba en un taller de reparaciones, y todavía continuaría algún tiempo allí, porque la caída al gigantesco foso de la calle en obras le causó serios daños.

Bud Jacobs indicó a Dave Markham que sacara el Ford de la carretera, por su izquierda.

Dave lo hizo así, y el vehículo se adentró por el árido paraje, sorteando los profundos baches del terreno. El Dodge hizo lo propio, siempre a poca distancia del Ford.

Los dos coches rodaron durante bastantes minutos por el desierto, hasta alcanzar un lugar en donde prácticamente no había ningún desnivel acentuado del terreno.

Era un buen sitio para que la avioneta tomase tierra.

Jacobs ordenó a Markham que detuviera el Ford.

El Dodge se paró a escasos metros.

Los seis hombres continuaron en los coches.

Apenas diez minutos después, se oía el motor de la avioneta.

—Ahí la tenemos.

Dave Markham miró también hacia arriba y descubrió la avioneta.

El aparato comenzó a perder altura.

Segundos después, tomaba contacto con el duro suelo.

Bud Jacobs esperó a que la avioneta se detuviera.

Entonces, tomó el negro maletín que descansaba en el asiento trasero del Ford y dijo:

—Vamos, Dave.

Markham y Jacobs salieron del coche.

Jackson, Andrew, Colin y Gordon descendieron también del Dodge.

Al mismo tiempo, cuatro hombres descendían de la avioneta.

Dos de ellos iban armados con metralletas, modernas y ligeras.

Los otros dos, cargaban con sendos maletas.

Los dos grupos caminaron el uno hacia el otro.

Cuando se encontraron, Bud Jacobs saludó a los hombres de la avioneta y preguntó:

—¿Algún problema, muchacho?

—No, ninguno —respondió uno de los que iban armados con metralletas.

—¿Traéis la cantidad de droga que acordamos?

—Sí, ni un solo gramo menos. ¿Y vosotros, traéis la suma

convenida?

Bud Jacobs levantó el maletín.

—Aquí está. Ni un solo dólar menos.

—Hagamos nuestras respectivas comprobaciones.

—De acuerdo.

Bud Jacobs se cercioró de que en el par de maletas iba la cantidad de heroína acordada. Los hombres de la avioneta, por su parte, hicieron un rápido recuento del dinero que había en el negro maletín entregado por el encargado de Aladino.

Jackson, Andrew, Colin y Gordon estaban muy pendientes de los dos tipos que esgrimían metralletas, y por eso no vieron que los otros dos hombres se llevaban la mano disimuladamente a la axila.

Por fortuna, Dave Markham sí se dio cuenta de ello y extrajo velozmente su Parabellum, al tiempo que gritaba:

—¡Cuidado, señor Jacobs!

El hombre de confianza de Malcolm Farlow se desentendió de la heroína y empuñó su pistola, una Magnum.

Las armas comenzaron a ladrar.

La primera que vomitó plomo, fue la de Dave Markham, quien tumbó a los dos tipos que intentaban sacar sus pistolas.

Los individuos que portaban metralletas trataron de hacer uso de ellas, pero Bud Jacobs accionó el gatillo de su Magnum y les hizo unos cuantos agujeros en el cuerpo.

Dave Markham disparó también contra los tipos de las metralletas, por si acaso Bud Jacobs fallaba, y los fulanos recibieron una doble ración de plomo.

Jackson, Andrew, Colin y Gordon extrajeron sus pistolas, pero lo hicieron tardíamente, pues para entonces Markham y Jacobs había dado ya buena cuenta de los traidores.

En la avioneta había quedado un hombre, el encargado de pilotarla.

El tipo, al ver que a sus compañeros les había fallado el plan y habían caído acribillados, hizo despegar la avioneta y abandonó el lugar a toda prisa.

Bud Jacobs miró a Dave Markham, cuyo hombro derecho apretó.

—Gracias, Dave. De no haber sido por ti, estos cobardes nos hubieran liquidado.

—Me alegro de haber sido útil, señor Jacobs.

—Mucho más útil que algunos que yo me sé —rezongó el encargado, mirando duramente a Jackson, Andrew, Colin y Gordon.

Estos bajaron la vista, conscientes de que no habían sabido estar a

la altura de las circunstancias.

Bud Jacobs se encaró de nuevo con Dave Markham.

—Me ocuparé de que el señor Farlow te recompense por esto, Dave.

—Gracias, señor Jacobs —sonrió Markham, visiblemente satisfecho.

### CAPITULO XIII

Aquella misma tarde, Bud Jacobs mandó llamar a Dave Markham a su despacho y dijo:

—Nos vamos, Dave.

—¿Adónde?

—A casa del señor Farlow.

Markham dio un respingo.

—¿A casa de...?

Bud Jacobs asintió con la cabeza y explicó:

—He informado a Malcolm Farlow de lo sucedido esta mañana, y quiere conocerte personalmente.

—¡Eso es magnífico!

—Desde luego que lo es. Anda, vamos. No debemos hacer esperar al señor Farlow.

\* \* \*

Malcolm Farlow vivía en una fabulosa villa, dotada de las máximas medidas de seguridad.

En el amplio y hermoso jardín, junto a la fantástica piscina, en la que se estaban bañando cuatro auténticas beldades, completamente desnudas, se encontraba El rey de Las Vegas.

Malcolm Farlow era un tipo más bien bajo y metido en carnes, que rondaba los cuarenta y cinco años de edad. Estaba sentado en un cómodo sillón de mimbre, con una copa en las manos, que se llevaba de cuando en cuando a los labios, mientras contemplaba las eróticas evoluciones en la piscina de las cuatro preciosidades que, para complacer al hombre que tan generoso se mostraba con ellas, se habían despojado de sus respectivos bikinis antes de lanzarse al agua.

Totalmente absorto en la contemplación del excitante numerito, el millonario no vio acercarse a Bud Jacobs y Dave Markham, quienes también tenían clavados sus ojos en los excepcionales cuerpos desnudos de las cuatro hembras.

—¿Qué significa esto, señor Jacobs? —preguntó Markham, por lo bajo.

—Que al señor Farlow le gustan las mujeres, está muy claro —respondió el encargado de Aladino.

—Menudo espectáculo...

—Sí, despierta deseos de participar en él.

—Desde luego.

Jacobs y Markham rieron.

Malcolm Farlow los oyó y dejó de prestar atención a las chicas.

—Hola, Jacobs.

—¿Qué tal, señor Farlow?

El millonario observó a Dave.

—Conque tú eres el héroe, ¿eh?

—No tanto, señor Farlow —respondió modestamente Markham.

—Sentía deseos de conocerte, Dave.

—Yo también a usted, señor Farlow.

—Según Jacobs, estuviste magnífico esta mañana. Esos cerdos habían planeado quedarse con la droga y con mi dinero, cosa que tú impediste. Y, gracias a ti, ahora tengo la droga y el dinero. Que conseguí la heroína gratis, vamos. Con todo, lo que más feliz me hace es que esos traidores recibieran su merecido. Mereces una recompensa, muchacho.

—Señor Farlow, yo...

—No intentes rechazarla, porque me ofenderías. Soy una persona agradecida, y me gusta recompensar a quienes defienden mis intereses con la bravura que tú lo hiciste. Aquí, en este sobre, hay cinco mil dólares. Son para ti, Dave. Gástalos de la forma que más te apetezca.

Markham tomó el sobre que le ofrecía el millonario.

—Es usted muy generoso, señor Farlow. Le quedo muy agradecido.

—Te lo has ganado, muchacho.

Poco después, Bud Jacobs y Dave Markham abandonaban el jardín, y Malcolm Farlow volvía a deleitarse contemplando los eróticos juegos de las cuatro chicas que nadaban desnudas en la hermosa piscina.

\* \* \*

Cynthia Lester estaba pensando en irse a dormir, cuando llamaron a la puerta. Envuelta en una delgada bata azul brillante, acudió a abrir.

No pudo reprimir un respingo al ver que se trataba de Dave Markham.

—Dave... —murmuró, sintiendo que su pulso se aceleraba. Markham sonrió con suavidad.

—¿Cómo estás, Cynthia?

—Bien. ¿Y tú?

—Perfectamente, gracias.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tenía ganas de verte.

—¿De veras?

—¿No vas a dejarme entrar? Suponiendo que estés sola, naturalmente.

—Estoy sola —rezongó la muchacha, y se hizo a un lado.

—Gracias —dijo Markham, entrando en el apartamento.

Cynthia Lester cerró la puerta y se quedó junto a ella, descansando la espalda en la hoja de madera. Dave Markham se volvió y la miró a los ojos.

—No te he visto por Aladino, Cynthia.

—No he ido.

—¿Por qué? ¿No querías tropezarte conmigo?

—Así es.

—Lamento lo que pasó aquella mañana, créeme.

—No te preocupes, ya he olvidado que te ofrecí mi cuerpo y lo rechazaste porque te repugnaba tocarlo.

—No me repugna tocarte, y estoy dispuesto a demostrártelo.

—No tendrás ocasión, porque yo no soy mujer que se ofrece dos veces al mismo hombre. Tuviste oportunidad de hacerme tuya, y no quisiste. Ahora, soy yo la que no quiere hacer el amor contigo.

—Está bien, no te enfades. En realidad, no he venido a verte para acostarme contigo, sino para impedir que sigas acostándote con ese viejo que financia tu carrera artística.

—¿Ah, sí? —exclamó sarcásticamente la pintora—, ¿Y cómo esperas conseguirlo?

Dave Markham extrajo los cinco mil dólares que aquella misma tarde le entregara Malcolm Farlow como recompensa por su actuación en el desierto.

—Con este dinero podrás arreglártelas durante algunos meses, aunque no vendas un solo cuadro. Tómallo, y manda a paseo a ese viejo baboso. No quiero que vuelva a tocarte.

Cynthia Lester apartó sus asombrados ojos de los cinco mil dólares y miró a Dave Markham.

—¿De dónde has sacado tanto dinero, Dave...?

—Eso es cosa mía.

—¿Estás metido en algo sucio?

—No.

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra. Vamos, toma el dinero.

Cynthia Lester sacudió la cabeza.

—No puedo cogerlo, Dave.

—¿Por qué? Yo no pienso exigirte nada a cambio, Cynthia. Si no

quieres hacer el amor conmigo, no lo hagas. Me basta con que no vuelvas a ofrecer tu joven y hermoso cuerpo a ese maldito viejo.

—Pedazo de tonto...

—¿Por qué me llamas tonto?

—¿Sabes quién me regaló el Pontiac?

—Tu amante.

—Me lo regaló Eric Howell.

—¿Se llama así el viejo?

—¡Eric Howell es mi tío!

Dave Markham dio un fuerte respingo.

—¿Tío?...

—¡Sí, hermano de mi madre!

—¡Qué planchazo, madre mía!

Cynthia Lester explicó:

—Tío Eric es rico, Dave. El es quien financia mi carrera artística. Vive en San Francisco, y todos los meses me manda dinero. Cuando puede, viene a verme.

No tengo ningún amante, nunca lo he tenido. El primer hombre que ha significado algo para mí, has sido tú.

Markham dio un par de pasos y la tomó en sus brazos con fuerza.

—¿Por qué diablos no me lo dijiste?

—No me hubieras creído. Desde un principio se te metió en tu dura cabeza la idea de que yo tenía un amante, pese a que yo nunca lo admití.

—¡Pero tampoco lo negaste!

—Al principio lo encontré divertido. Después, ya no hubo manera de sacártelo de la cabeza. La mañana que parecías decidido a hacerme el amor estuve a punto de negar que tuviera un amante, pero tú te apresuraste a decir que no me creías, recuérdalo. Por eso no te conté la verdad. Bueno, por eso y porque me sentó como un tiro que después de besarme con pasión, de acariciarme los pechos, y de abrirme la bata de baño de par en par, decidieras no llevarme a la cama. Con lo que yo deseaba que me hicieras tuya...

—¿Lo sigues deseando, Cynthia?

—Tanto o más que entonces.

—No perdamos más tiempo, pues —dijo Dave, tomándola en brazos y llevándola al trote hacia el dormitorio, mientras Cynthia reía, feliz.

\* \* \*

Dave Markham ya estaba metido de lleno en todos y cada uno de los negocios delictivos de Malcolm Farlow.

Aquella tarde, había sido llamado por Bud Jacobs a su despacho, para tratar uno de esos asuntos que se hallaban al margen de la ley. En ello estaban, cuando Jackson y Andrew penetraron en el

despacho sin llamar.

Jacobs se disponía a abroncarles por entrar así, cuando Jackson gritó:

—¡Han detenido a Malcolm Farlow!

Bud Jacobs palideció.

—¿Que han qué...?

—¡Es cierto, señor Jacobs! —confirmó Andrew—, ¡Acaban de avisarnos de que lo han arrestado! ¡Parece ser que la policía ha conseguido pruebas contra él y contra todos los que estamos metidos en sus negocios ilegales! ¡Alguien nos ha traicionado!

Bud Jacobs miró extrañamente a Dave Markham.

—¿De quién sospechas tú, Dave?

Markham, en vez de responder, brincó del sillón en el que estaba sentado y extrajo su Parabellum.

—¡Quietos los tres! —ordenó, apuntándolos—, ¡Soy un agente del FBI!

\* \* \*

Bud Jacobs no obedeció la orden de Dave Markham, pues sabía que ello significaba la cárcel y por muchos años. Le dio un tremendo empujón a la mesa y la tumbó sobre el agente del FBI.

Dave dio un ágil salto, para no verse arrollado por la mesa.

—¡Plomo con él! —rugió Jacobs, empuñando su Magnum.

Jackson y Andrew sacaron rápidamente sus automáticas.

Dave Markham no tuvo más remedio que disparar.

Su primera bala fue para Bud Jacobs, quien aulló cuando el plomo se incrustó en su pecho y cayó hacia atrás, perdiendo su Magnum.

El miembro del FBI desvió velozmente su arma hacia Jackson y Andrew, y accionó de nuevo el gatillo.

Jackson recibió un impacto en el pulmón derecho y se derrumbó en el taco, lanzando un tremendo alarido. Andrew llegó a disparar su arma, pero para entonces ya tenía alojado un proyectil en el mismo centro de su caja torácica, lo que le hizo fallar.

Dave Markham pensó que ya había acabado todo, pero se equivocó, porque Colin y Gordon irrumpieron súbitamente en el despacho, esgrimiendo sus pistolas.

El agente del FBI se arrojó al suelo y desde allí abrió fuego contra los dos.

Colin y Gordon dispararon a su vez contra Dave Markham, pero éste fue más rápido y los tumbó a ambos de sendos balazos en el tórax.

Esto sí fue el final, pues tan sólo un par de minutos después, llegaban los miembros de la policía y controlaban totalmente el casino.

La peligrosa misión de Dave Markham, encomendada por el Departamento Central del FBI en Washington, había terminado.

Y con éxito, como todas las que el joven y eficaz agente llevaba a cabo, por peliagudas que fueran.

Cynthia Lester miraba a Dave Markham con los ojos muy abiertos.

El agente del FBI se lo había contado todo, y la muchacha no podía creerlo.

—Me has dejado de piedra, Dave —murmuró.

—Se te nota.

—¿Por qué no me dijiste que eras un miembro del FBI?

—No podía, compréndelo. Este tipo de misiones son altamente secretas.

—Explícame lo de la máquina tragaperras. ¿Por qué intentaste quedarte con el dinero que yo acababa de ganar?

—Para llamar la atención de los empleados del casino. Me interesaba provocar una pelea con ellos, para que Bud Jacobs me viera en acción. Yo sabía que él vigilaba constantemente el casino desde su despacho, a través de un monitor. También sabía que mi forma de pelear le gustaría, y que trataría de emplearme. Lo de las deudas de juego era invención mía tenía que justificar mi acción contigo.

—El plan te salió redondo.

—Sí, pero no creas que me fue fácil ganarme la confianza de Bud Jacobs y Malcolm Farlow. Me tendieron una trampa, antes de meterme en sus negocios delictivos.

—¿Una trampa?

Dave le contó a Cynthia lo de la pelirroja Doris.

—¿Y cómo supiste que la camarera mentía? —preguntó la joven.

—El Departamento me advirtió que estaría solo en esta misión, que no contaría con ninguna ayuda. A pesar de ello, confieso que tuve un momento de vacilación. Si la chica hubiese sido realmente un policía... Afortunadamente, no me equivoqué y con mi acción acabé de convencer a Malcolm Farlow y Bud Jacobs, lo que facilitó enormemente mi misión.

—Tendrás que volver a Washington, supongo.

—Sí, claro. Pero no será hasta dentro de una semana. Me han

concedido siete días de permiso, como premio.

—Entonces, sólo nos quedan siete días de felicidad.

—Toda una vida, si tú quieres.

Cynthia Lester respingó.

—¿Qué me estás proponiendo, Dave?

—Matrimonio.

—¿De verdad deseas casarte conmigo?

—Eres una pintora mediocre, pero estoy seguro de que serás una magnífica esposa y que me darás unos hijos sanos y robustos.

—¡Te lo prometo! —respondió Cynthia, lo abrazó y lo besó.

El agente del FBI la tomó en brazos y echó a andar hacia el dormitorio.

—¿Qué vamos a hacer, Dave? —preguntó ella.

—Encargar el primero —respondió él, y la besó en los labios con fervor.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

# ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,  
pueden saborearse en las  
COLECCIONES

## CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la  
oportunidad de leer estas  
primeras ediciones, en las que  
cada título es un vendaval  
de emoción!

**Asegure su ejemplar**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**